



**“EN LA PRIMAVERA DE LA HISTORIA”.**  
**EL DISCURSO POLÍTICO DEL ROQUISMO DE**  
**LA DÉCADA DEL OCHENTA A TRAVÉS DE SU PRENSA\***

PAULA ALONSO\*\*

¿Que dirán los futuros historiadores  
argentinos cuando estudien nuestra  
época y sepan cuan poderosa y mul-  
tiplicada era nuestra prensa...?

ERNESTO QUESADA, 1882

En octubre de 1880 Julio A. Roca asumió la presidencia luego de haber vencido al gobernador de Buenos Aires, Carlos Tejedor, en elecciones primero (abril de 1880) y en la guerra después (junio de 1880). El nuevo presidente inauguraba sin saberlo lo que se convertiría en más de tres décadas de predominio en la Argentina de su organización política, el Partido Autonomista Nacional. La historia de la Argentina entre finales del siglo XIX y principios del XX nos resulta hoy familiar. Ella generalmente arranca con la primera presidencia de Roca (1880-1886) y termina con la victoria electoral de la Unión Cívica Radical en 1916, y en el relato se subrayan los grandes cambios ocurridos durante el período en el campo de las ideas, la economía, las transformaciones sociales y la política.

\* Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en las III Jornadas Internacionales de Historia del Dep. de Historia de la Universidad Nacional de Mar del Plata en octubre de 1996 y en LASA, Guadalajara, en abril de 1997. Quisiera agradecer los comentarios recibidos en dichas jornadas, los recibidos por E. Gallo y las sugerencias de los árbitros de esta revista. También quisiera mencionar la ayuda recibida de Alexandra de Brito y Natalia Rubin, y, en particular, mi agradecimiento al Leverhulme Trust y la Fundación Antorchas por financiar la investigación de la que este artículo forma parte.

\*\* Dep. de Humanidades, Universidad de San Andrés, Dep. de Gobierno, Universidad T. Di Tella, octubre de 1997.

Se ha repetido muchas veces que lo que resulta más familiar y obvio es a veces lo más difícil de percibir para el historiador y esto mismo puede fácilmente aplicarse a algunos aspectos de este período. Es indudable que fueron años de grandes cambios y transformaciones, pero quizás lo que ha sido menos percibido es la intencionalidad de los principales actores políticos en definirlo (y defenderlo) como tal. Desde el primer día de estreno de la silla presidencial, el roquismo comenzó una campaña pública con la expresa intención de diseñar una imagen de ruptura, de cambio, de progreso y de grandes destinos, con la que el nuevo gobierno deseaba verse asociado. La principal arma de la campaña fue su periódico, titulado *La Tribuna Nacional* (*LTN*) durante la década del ochenta y rebautizado *Tribuna* en 1891. Como veremos en las próximas páginas, la función del periódico roquista no se reducía al rol estrecho de construir una deseada imagen de cambio. Él también estaba encargado de "instruir" al público sobre la naturaleza de la nueva era comenzada y de sus amplias implicancias. El periódico comenzaba entonces una campaña que repetiría incansablemente por más de tres décadas donde predicaba desde sus columnas sobre cuáles eran los valores a defenderse en la nueva era, y sobre qué y quiénes representaban sus principales amenazas. En simples palabras, apelando tanto a la historia nacional como a la experiencia ajena, *LTN* repetiría con constante monotonía sus definiciones de progreso, y sus lecciones sobre la función que la política y los partidos políticos debían cumplir en la nueva era.

Este trabajo se propone reconstruir el contenido del mensaje que el roquismo difundía a través de su periódico. Éste no es un ejercicio de historia intelectual donde se intenta buscar las raíces liberales o conservadoras del pensamiento roquista o se procura entender dentro de qué corriente liberal se pueden ubicar las ideas emanadas de *LTN*. Tampoco se trata aquí de inventariar el contenido del renovado clima de ideas que caracterizó el período.<sup>1</sup> Por el contrario, el objetivo es de otra naturaleza; se trata de un intento de reconstrucción ideológica, entendiéndose por ideología a una vaga asociación de ideas destinadas a generar apoyo, a promover entendimiento y, en algunos casos, a inspirar acción. Más que construcciones intelectuales a veces sin mucho contacto con la realidad, las ideologías definen funciones, jerarquizan valores, crean identidades y adjudican roles.<sup>2</sup> La distinción entre intelectualidad e ideología que predomina hoy, resulta particularmente pertinente en el presente ensayo. En primer lugar, porque la idea de progreso que en sus variadas facetas dominó el período ya ha sido objeto de varios estudios.<sup>3</sup> Lo que interesa rescatar aquí, en cambio, es

<sup>1</sup> Esto ya ha sido ejemplarmente realizado en T. Halperin Donghi, "Un nuevo clima de ideas", en G. Ferrari y E. Gallo (comps.), *La Argentina del ochenta al centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980, pp. 13-24.

<sup>2</sup> La concepción hoy corriente de ideología y su distinción de lo intelectual se desprende de C. Geertz, *The Interpretation of Cultures*, Nueva York, Basic Books, 1973. Las ideas aquí expresadas fueron tomadas de J. Appleby, *Without Resolution: The Jeffersonian Tensions in American Nationalism*, Lecture delivered in April 1991, Oxford University, p. 4.

<sup>3</sup> Véase por ejemplo M. Monserrat, "La mentalidad evolucionista: una ideología del progreso"; en Ferrari, *La Argentina del ochenta al centenario*, pp. 786-818.

su función como una ideología expresamente difundida por el gobierno con el objeto específico de lograr apoyo a sus políticas y legitimidad a su acción. En segundo lugar, porque el lenguaje constituía un elemento esencial del mundo político, y el análisis del discurso de los partidos políticos (dentro del cual el impreso en sus respectivos diarios forma un aspecto sustancial) nos permite analizar un elemento constitutivo y a la vez constituyente del ámbito político. En tercer lugar, la fuente elegida para rastrear dichas ideas es de fundamental importancia, ya que la función que el roquismo le adjudicaba a su periódico era la de crear y difundir una ideología para la nueva era.<sup>4</sup> Y, finalmente, porque después de todo, el esfuerzo por imponer una representación determinada de la sociedad compitiendo con representaciones rivales, forma parte esencial de los mecanismos de lucha entre distintos grupos.<sup>5</sup>

El presente ensayo consta de tres secciones. En la primera se analiza brevemente la naturaleza del periodismo político de fines de siglo, acentuándose el rol del diario roquista dentro del renglón periodístico que denominamos prensa política. La reconstrucción del discurso roquista sobre el progreso y la política, domina la segunda sección. En ella se reconstruye la ideología del nuevo gobierno expresada en las páginas de *LTN*, y se analizan algunas de sus implicancias. Resulta difícil, como veremos hacia el final, delimitar el campo de los efectos de una ideología en la sociedad en general y en el espectro político en particular. Temerosos del laberinto abierto que representa lo primero, preferimos finalizar estas páginas con unas breves referencias sobre las consecuencias más inmediatas de la ideología roquista en el ámbito de la política.

#### LA PRENSA POLÍTICA Y LA PRENSA ROQUISTA

“Y Ud. sabe que este pueblo se gobierna y tiraniza con los diarios”,<sup>6</sup> eran las palabras con que Julio A. Roca se refería a la prensa política porteña, uno de los principales componentes en la vida política argentina del fin de siglo XIX y principios del XX. Los diarios políticos eran el principal medio a través del cual cada facción o partido político de relevancia lanzaba sus ideas, combatía al adversario y se defendía de los ataques de la oposición. Este tipo de prensa es hoy un fenómeno extinguido, ha-

<sup>4</sup> Esto lo repite el periódico a lo largo de los años; ver por ejemplo las palabras de celebración de su aniversario donde se define como “un diario al servicio del orden y de la autoridad... [que] se fundó para sostener una política de paz interior y de conciliación iniciada por el general Roca”. “Nuestro Aniversario”, *Tribuna*, 15 de mayo de 1903. En las citas de *Tribuna* y de *La Tribuna Nacional* se han respetado la ortografía y puntuación original. Para facilitar las lecturas de las notas de pie de página correspondientes a citas de periódicos se han repetido las referencias completas en cada cita.

<sup>5</sup> R. Chartier, *Cultural History. Between Practices and Representations*, Cambridge, 1994, p. 5.

<sup>6</sup> Julio A. Roca a Miguel Juárez Celman, *AGN*, Archivo de Miguel Juárez Celman (AMJC), 17 de diciembre de 1878, Leg. 2.

biendo sido gradualmente reemplazada desde los primeros años de este siglo por una prensa “independiente” que, como muestra de su “objetividad” proclama ser apolítica—o, mejor dicho, no apoyar demasiado abiertamente o con indiscutible lealtad a un partido político— y cuya principal fuente de financiamiento está compuesta por avisos publicitarios. Por el contrario, la prensa política de hace cien años no cumplía prácticamente con ninguno de los requisitos de la prensa moderna, y es justamente el tratarse de un periodismo muy distinto y ya extinguido lo que la convierte en un atractivo objeto de investigación, un atractivo explorado en forma creciente en los últimos años pero que todavía deja un amplio potencial. Como consecuencia, antes de concentrarnos en las principales características de *LTN*, es necesario reservar primero los siguientes párrafos para delinear las principales características del periodismo político del que la prensa roquista formaba parte.

¿En que consistía la prensa política? Estaba compuesta por un pequeño número del enorme caudal de periódicos que circulaban en el Buenos Aires del fin de siglo, estaba geográficamente concentrada en Buenos Aires y, por sus objetivos, estilo y contenido, era un híbrido en transición entre el panfleto político y el diario de las capitales europeas y las grandes ciudades norteamericanas, o en comparación con la actual prensa moderna. Cada una de estas características de la prensa política requiere, sin embargo, de una mayor calificación. El adjetivo de “pequeño número” sólo es aplicable si se tiene en cuenta que el Buenos Aires de las últimas décadas decimonónicas poseía, a nivel mundial, una de las mayores circulaciones de periódicos por habitante. En 1885, los 25 diarios que se imprimían cada día en Buenos Aires, sumaban una circulación total de 17.000 ejemplares, constituyendo un promedio de 23 ejemplares por cada 100 habitantes.<sup>7</sup> En 1896, el número de diarios en la ciudad de Buenos Aires llegaba a 28 y, como explica el compilador de estos datos, éste era un número fiable, contabilizado dos años antes de la elección presidencial, ya que “[es] un hecho bien conocido que el movimiento periodístico aumenta en proximidad de las contiendas electorales dando siempre origen, los partidos que en ella actúan, a nuevos órganos de publicidad”.<sup>8</sup> Es necesario aclarar que de estos 25 o 28 diarios que circulaban en Buenos Aires en 1885 y en 1896, no todos correspondían, a la categoría de “prensa política”. Sólo 18 cumplieron los requisitos necesarios para calificar como tales entre 1885 y 1896, y sólo algunos po-

<sup>7</sup> M. G. y E. T. Muhall, *Handbook of the River Plate*, Londres, 1885, p. 11. Ernesto Quesada estimaba que la Argentina se ubicaba en 1887 en el cuarto lugar mundial en la relación de cantidad de periódicos por habitante, para escalar al tercer puesto en 1882 (“El periodismo argentino”, *La nueva revista de Buenos Aires*, año III, 1883). Estas cifras han sido citadas en E. Cibotti, “Periodismo político y política periodística, la construcción pública de una opinión italiana en el Buenos Aires finisecular”, *Entre pasados*, núm. 7, 1994, pp. 7-25, y en E. Zimmermann “La prensa y la oposición política en la Argentina de comienzos de siglo: el caso de la *La Nación* y el Partido Republicano”, sin publicar, 1995, p. 2. Un análisis más exhaustivo puede encontrarse en A. Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988, pp. 26-82.

<sup>8</sup> J. Navarro Viola, *Anuario de la prensa argentina. 1896*, Buenos Aires, 1897.

cos entre ellos existieron en forma continua durante todos estos años.<sup>9</sup> Durante períodos no electorales, el elenco de la prensa política apenas sobrepasaba la media docena.<sup>10</sup>

Un hecho singular de la ciudad de Buenos Aires consistía en que proporcionalmente concentraba la mayor cantidad de publicaciones periódicas y diarios del país.<sup>11</sup> En el caso de la prensa política a que aquí nos referimos, sin embargo, toda ella tenía su base en la Capital Federal. También existían diarios políticos provinciales e incluso a nivel departamental, pero ninguno de ellos logró trascendencia a nivel nacional y eran mera copia de los diarios de la capital.<sup>12</sup> Si Buenos Aires era el centro de la prensa política, esto se debía a una serie de razones: era de hecho la capital del país desde 1862 y tenía un largo linaje de liderazgo político que arrancaba desde la colonia; Buenos Aires disfrutaba de una mayor concentración de población alfabetada y, siendo el hogar de los partidos políticos porteños y de las autoridades nacionales, era un centro de constante agitación de la vida pública. De todas formas, la prensa política que se imprimía en la Capital Federal era distribuida a las demás provincias. En el caso de los diarios oficiales esta distribución se realizaba a través de suscripciones hechas por los gobernadores leales al partido a cuenta del gobierno nacional o provincial, mientras que en el caso de los partidos de oposición y de los gobernadores no pertenecientes al partido del presidente, la distribución se realizaba a través de suscripciones hechas por los miembros provinciales de cada partido, ya sea con el fin de estar al día en los últimos chimentos políticos, como para demostrar apoyo por la causa partidaria.

¿Cuáles eran entonces los requisitos para formar parte de la minoritaria prensa política porteña? En primer lugar debe tenerse en cuenta el objetivo del diario. Éste distaba de ser el de informar al lector sobre los eventos del día, locales e internacionales, reclamando mantener cierta independencia u objetividad. Tampoco era éste el caso de una prensa semiindependiente que en períodos electorales se inclinaba abiertamente por uno u otro partido. Por el contrario, *LTN* explicaba sobre sí misma: “No somos simples espectadores que, en el teatro del mundo político, juz-

<sup>9</sup> T. Duncan, “La prensa política: Sud-América, 1884-1892”, en Ferrari, *La Argentina del ochenta*, p. 773. En su estudio pionero sobre la prensa argentina E. Quesada adoptaba una definición más amplia de diario político definiéndolo como “los diarios que tienen voz deliberante en las cuestiones del momento” y estimando que de las 214 publicaciones del país en 1882, 146 correspondían a esta categoría. “El periodismo político”, pp. 84-86. Si bien el término “prensa política” puede llevar a malentendidos, el criterio establecido en el presente trabajo es bastante más restringido que el de Quesada, ya que sólo se definen como tales a los diarios que pertenecen a una agrupación política y son creados por ella con el propósito inmediato de ser su portavoz.

<sup>10</sup> Dado que aquí nos interesa la prensa política más relevante del período, no tomaremos en cuenta los periódicos que nacían antes de una elección y desaparecían a su término.

<sup>11</sup> De un total de 610 publicaciones en 1896, 279 pertenecían a la Capital Federal; 327 a las provincias y 4 a los territorios nacionales. Navarro Viola, *Anuario...*, p. 105.

<sup>12</sup> Navarro Viola, *Anuario...*, p. 8.

guemos tranquilamente los hechos que pasan, como el sabio los fenómenos sometidos a su observación”.<sup>13</sup> Los miembros de la prensa política eran actores importantes del mundo político y por lo tanto la parcialidad en los juicios y la arbitrariedad en los comentarios constituían un aspecto esencial de su naturaleza. Esto se debe a que era el partido político el que les daba vida con el único fin de ser su portavoz en el batallar de la vida pública. Era el partido político (o para ser más precisos los directivos superiores de cada partido) el que les daba origen, los financiaba, los proveía con el personal de redacción y les impartía las directivas sobre la materia y el tono de los editoriales.<sup>14</sup> En su nacimiento, supervivencia y muerte, el diario político estaba atado al partido que le había dado origen. “Los diarios no son sino instrumentos de propaganda” afirmaba abiertamente *LTN*, y la propaganda que ejercían era, exclusivamente, la de su propio partido.<sup>15</sup>

La prensa política, como ya hemos dicho, era un híbrido en transición entre el panfleto político y el diario moderno.<sup>16</sup> Había nacido como tal después de la caída de Rosas, durante los primeros años del período constitucional, definiendo su naturaleza durante las décadas del sesenta y el setenta.<sup>17</sup> Constituía la cara pública de una política esencialmente facciosa. Sin embargo, Jorge Navarro Viola, uno de los pioneros en estudiar la prensa periódica argentina, encontraba en 1896 que se había venido operando una transformación entre los principales diarios de la década del noventa y los de ese pasado todavía cercano. No sin exagerar, Navarro Viola subrayaba “ese rasgo característico de nuestro periodismo actual: la impersonalidad”.<sup>18</sup> La transición que él definía como moderna, o como el paso del periodismo francés al norteamericano, parecía haber comenzado a sentirse durante los últimos años de la década del ochenta y más aceleradamente durante la del noventa. ¿En que consistía ese cambio hacia la “impersonalidad”? Lamentablemente Navarro Viola no lo hace explícito pero, como veremos, las páginas de su análisis ofrecen algunas pistas sobre continuidades y discontinuidades en el periodismo argentino a lo largo de tres décadas del siglo.

La naturaleza del elenco que empuñaba la pluma para llenar las columnas de la prensa política se había mantenido estable a lo largo de los años, y en la tarea colabo-

<sup>13</sup> “Programas y hechos”, *La Tribuna Nacional* (de ahora en más *LTN*), 14 de enero de 1886. Los títulos se refieren generalmente al editorial del periódico. A lo largo de este trabajo he repetido las fechas de los artículos, aun cuando fueron citados más de una vez, para facilitarle a lector seguir la cronología de la publicación.

<sup>14</sup> Duncan, “La prensa política...”, p. 763.

<sup>15</sup> “La opinión pública”, *LTN*, 13 de julio de 1887.

<sup>16</sup> Esta definición pertenece a Duncan, “La prensa política...”, p. 762.

<sup>17</sup> Naturalmente, esto no implica que el periodismo político haya nacido en estos años. No obstante, el periodismo del período rosista inmediatamente anterior era de otra naturaleza que el de la política facciosa de las décadas de finales de siglo. La mejor descripción del periodismo de los años sesenta y setenta se encuentra en T. Halperin Donghi, *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1985, pp. 23-219.

<sup>18</sup> Navarro Viola, *Anuario...*, p. 7.

raban “las más altas personalidades intelectuales del país”.<sup>19</sup> Inicialmente esto no había sido sólo resultado de la cultura política local sino también de una exigencia demandada por las características mismas de estos diarios. Durante las décadas del sesenta y del setenta, la parte central de cada periódico estaba compuesta por las tres o cuatro largas columnas de su editorial. Según Navarro Viola, fuera de ellas el lector sólo podía satisfacer su deseo de novedad en unos breves recuentos sobre lo ocurrido en la ciudad durante el día, en resumidas noticias sobre los hechos culminantes en las provincias y en escasos telegramas del exterior, mayormente provenientes de Montevideo. La materia prima del diario estaba, por lo tanto, compuesta por largos editoriales y reseñas de libros, por lo que los redactores “dada la importancia de los temas tratados y la extensión con que desarrollaban sus tesis, debían por fuerza ser literatos, con una sólida base de instrucción jurídica y fondo filosófico, pensadores muchas veces profundos, o verdaderos estilistas, cinceladores de la frase.”<sup>20</sup> Durante las décadas del ochenta y del noventa se operaron, según Navarro Viola, grandes cambios. Uno de ellos fue el gran crecimiento de la revista especializada sobre temas científicos, morales, deportivos [sic], filatélicos, fotográficos, sociales, de gremios y asociaciones; “relojeros, panaderos, empleados de *tramways*, cocheros, peluqueros, hasta los aburridos tienen cada cual su periódico.”<sup>21</sup> En consecuencia, la prensa especializada le había robado lectores a los grandes diarios y, en los años noventa, el número de estos últimos se había visto incluso disminuido en comparación con la década anterior.<sup>22</sup> En segundo lugar, prosigue Navarro Viola, “un rápido progreso ha sacudido esa perezosa incuria semitropical que nos dominaba” y, como resultado, “el público ya no tiene tiempo para leer y sin embargo quiere estar informado de lo que pasa en el país y en el mundo entero. Comprende de todo y de todo quiere: literatura y ciencia, política y filosofía, novedades y crónica social o policial. Todo se lo tiene que servir en forma corta y concreta”.<sup>23</sup> Por lo tanto el autor afirmaba que los viejos artículos largos y doctrinarios ya no se leían en los noventa, “[los artículos de] polémica suelen todavía entretener a condición de que sean muy cortos y muy violentos o satíricos. Pero quién se traga ahora un artículo político de cuatro columnas como eran los de antaño?”<sup>24</sup> Navarro Viola también resaltaba que en la última década decimonónica, “los diarios no se escriben ya para agradar a un hombre o a un grupo, sino para satisfacer las exigencias de información que reclama el público”.<sup>25</sup> Con este fin, cada gran diario había incorporado o expandido dos nuevos elementos: la correspondencia y noticia gráfica extranjera, y el aviso comercial.<sup>26</sup> Mientras que el diario de antes apuntaba a satisfa-

<sup>19</sup> Navarro Viola, *Anuario...*, p. 5.

<sup>20</sup> *Ibidem*.

<sup>21</sup> *Ib.*, pp. 15-16.

<sup>22</sup> *Ib.*, p. 20.

<sup>23</sup> *Ib.*, p. 23.

<sup>24</sup> *Ibidem*.

<sup>25</sup> *Ib.*, p. 24.

<sup>26</sup> *Ib.*, pp. 23-24.

cer la inteligencia, concluía Navarro Viola, el diario moderno apuntaba a satisfacer la curiosidad.<sup>27</sup>

Si bien la naturaleza de esta prensa se había visto alterada durante el recorrido de las tres últimas décadas del siglo, las grandes personalidades del país seguían contribuyendo en las columnas de los diarios. Esa contribución, ya sea en forma regular o esporádica, era antes como después del ochenta un ejercicio ordinario de todo hombre público de cierto peso. Sólo excepcionalmente el editorial, o la columna, era acompañada por la firma del autor. Por lo general, se empleaban alias (algunos voluntariamente reconocidos) o la columna no iba autografiada. El autor podía mantener el anonimato si así lo prefería, lo que le daba libertad a presidentes o ministros de participar activamente en las discusiones públicas sin dar a conocer su identidad. De todas formas, ya sea en forma pública o anónima, contribuir en las columnas de estos diarios era una actividad que otorgaba una reputación casi imprescindible para la vida pública. Esto no significa, sin embargo, que en estos diarios escribieran sólo las altas figuras de la política; junto a ellas también había periodistas menos conocidos que gradualmente fueron profesionalizando el oficio.<sup>28</sup>

En toda transición generalmente coexiste una superposición entre lo viejo y lo nuevo, y lo mismo ocurrió en el caso de la prensa política porteña de los dos últimos decenios del XIX: mientras que algunos diarios políticos exhibían más claramente algunas de las características de la prensa moderna, otros representaban a la prensa política en su versión más pura. *La Prensa*, fundada en 1869 por José C. Paz, era probablemente el mejor ejemplo de un periódico político que lideraba la transición a la modernidad y, por lo tanto, únicamente entraría dentro de nuestra concepción de prensa política si se flexibilizan un tanto los parámetros. Propiedad de su fundador, el periódico manifestaba tener por objetivo “consultar concienzudamente la opinión pública antes de invocarla, se propone seguirla y apoyarla en vez de conducirla violentamente”,<sup>29</sup> una meta muy distinta a la profesada por los representantes del periodismo político más puro, quienes se autodefinían como órganos de doctrina de su partido. Si bien *La Prensa* no disimulaba sus preferencias políticas, el contenido del diario distaba de agotarse en apoyar una causa partidaria. *La Prensa* ofrecía una amplia gama de información sobre acontecimientos nacionales e internacionales, poseyendo el mejor servicio telegráfico, una amplia gama de corresponsales extranjeros y, desde 1898, la más sofisticada imprenta del país.<sup>30</sup> Sus redactores pertenecían a distintos partidos políticos, imprimía 18.000 ejemplares por día de ocho páginas cada uno en 1887, y era el que mayor cantidad de avisos ofrecía evidenciando su prin-

<sup>27</sup> Navarro Viola, *Anuario...*, p. 15.

<sup>28</sup> Quesada, “El periodismo argentino”, p. 82.

<sup>29</sup> Citado por Navarro Viola, *Anuario...*, pp. 11-12.

<sup>30</sup> Para un breve recuento sobre la historia de la imprenta utilizada por *La Prensa* ver, G. Fogli “La estética tipográfica de los diarios y revistas de Buenos Aires”, *Las publicaciones periódicas en la Argentina. La Argentina gráfica*, Buenos Aires, 1946-1947, pp. 97-105.

cial, si no único, modo de financiación. Quizás una definición más justa de la naturaleza de *La Prensa* sería la de ser un periódico independiente que se inclinaba por determinadas causas políticas.

El segundo diario en importancia era *La Nación*, propiedad de Bartolomé Mitre. Si bien en este caso también se había operado una transformación hacia la “modernidad”, por sus características exhibidas durante las décadas del ochenta y del noventa, se lo podría definir como un diario político moderno, con mayor acentuación en “político” que en “moderno”.<sup>31</sup> Nacido en 1862 como *La Nación Argentina* y rebautizado *La Nación* en enero de 1870, era probablemente uno de los diarios más prestigiosos del país. Como órgano partidario de Mitre era un miembro importante de la prensa política, sin embargo, a diferencia de la prensa política más pura, no se restringía a ser un órgano partidario. Junto con *La Prensa*, *La Nación* se vendía por la mañana y si bien el tono de sus editoriales no dejaba lugar a ambivalencias en cuanto a sus preferencias políticas, el diario aspiraba a ofrecer información además de un punto de vista. *La Nación*, por lo tanto, competía con *La Prensa* en el número de ventas, en la cantidad y calidad de los corresponsales extranjeros, utilizaba regularmente el servicio telegráfico internacional y ofrecía además una de las más prestigiosas secciones literarias. Sus ocho páginas también registraban un gran número de avisos publicitarios, evidenciando una fuente considerable de sustentación.

¿Cuáles eran entonces los mejores ejemplares de la más pura prensa política? Durante las décadas del ochenta y del noventa ellos fueron *La Tribuna Nacional* (rebautizada *Tribuna* en 1891), *Sud-América*, *La Unión*, *El Nacional*, *El Argentino*, *El Tiempo*, *La Nación* (con los atenuantes ya mencionados), y hacia el final de la década se les sumaron los diarios socialistas liderados por *La Vanguardia*.<sup>32</sup> Estos diarios eran portavoces de una causa, ya sea de una facción dentro de un partido, de todo un partido político o del movimiento católico. Sus columnas estaban casi exclusivamente dedicadas a difundir las opiniones de la organización a la que representaban y a atacar a la oposición a través del uso del ridículo, el chimento, las mentiras y las verdades a medias. Eran financiados a través de acciones que se compraban entre los dirigentes partidarios y, como se ha mencionado, en el caso del partido oficial, a través de abultadas suscripciones del gobierno nacional o provincial. Los miembros más acaudalados del partido también ofrecían generosas contribuciones directas y también aportaban en forma indirecta a través de avisos publicitarios de sus firmas de

<sup>31</sup> A partir de 1909 *La Nación* va a intentar deshacerse de su naturaleza de órgano partidario y tomar cierta distancia del diarismo político. Véase R. Sidicaro, *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación, 1909-1989*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993, pp. 13-21.

<sup>32</sup> Esta lista no es exhaustiva. Duncan, por ejemplo, calcula alrededor de 18 diarios incluyendo periódicos importantes como *El Diario* de Manuel Lainez, o *El Nacional*, dominado por las figuras de Sarmiento y Aristóbulo del Valle, pero cuya fuerza legendaria de la década del setenta se vio fuertemente disminuida en los pocos años que actuó en los 80. Aquí sólo mencionamos a los miembros más representativos de la prensa política ligados a una agrupación específica, a los representantes en forma relativamente leal y continua de un partido político en particular.

abogados o de distintas ramas del comercio. Con la excepción de *La Nación*, los demás periódicos de la prensa política no se autofinanciaban, y no podían subsistir independientemente de los aportes partidarios. El costo financiero del diario era visto por cada partido o facción como una inversión imprescindible de la vida política.<sup>33</sup>

Mientras que *La Prensa* y *La Nación* se vendían por la mañana, el resto de los miembros de la prensa política salían por la tarde. No viéndose, por lo tanto, necesitados de brindar información, quedaban libres para concentrarse en opinar sobre lo ya informado por los matutinos. La mayoría de estos periódicos contaban entre dos y cuatro páginas –la mitad de ellas destinadas a avisos publicitarios, costaban todos por igual y utilizaban una tipografía simple y similar, sin iconografía ni grandes titulares–. En el caso de los diarios del partido oficial, como *LTN* o *Sud-América*, gozaban del acceso al servicio telegráfico nacional, por lo que ofrecían información fresca sobre política provincial.<sup>34</sup> Y si bien esto último escaseaba en los periódicos opositores, lo que tenían en común los miembros de la prensa política, con excepción de *La Prensa* y *La Nación*, era que ninguno mantenía corresponsales en el exterior o poseía un buen servicio telegráfico internacional. Después de todo, éstos eran órganos de difusión de argumentos y no de eventos, donde el lector podía encontrar la posición tomada por su partido en los asuntos públicos, seguir los chimentos de la política porteña, e informarse sobre reuniones y *meetings* partidarios. Eventuales cartas publicadas por partidarios en viaje por Europa, ocasionales reseñas literarias o publicaciones de cuentos, eran considerados como “extras”, fuera de los límites que demandaba la lucha partidaria.

Con excepción de los dos meses que llevaban las campañas electorales, el contenido de estos periódicos estaba destinado a la opinión pública entendida como “la opinión de los hombres públicos”. Más que a exhortar al hombre privado a abrazar la causa partidaria, sus editoriales se dirigían a los redactores de la oposición y los simpatizantes partidarios más que a un vasto público ya que, por lo general, “nadie [leía] sino el periódico destinado a la defensa de sus propias ideas políticas”.<sup>35</sup> Naturalmente, esto cambiaba durante las campañas electorales cuando se intentaba convencer a un electorado mayormente indiferente de que abandone la apatía y vote por el partido. Generalmente, nuevos diarios emergían para las campañas y, al mismo tiempo, cuando se acercaban las elecciones diarios no pertenecientes al círculo de la prensa política pura en períodos no electorales manifestaban más claramente sus preferencias o apoyaban abiertamente a un partido.<sup>36</sup> Los candidatos contaban casi dia-

<sup>33</sup> Sobre los costos de mantener un periódico véase Quesada, “El periodismo argentino”, pp. 94-95.

<sup>34</sup> Duncan, “La prensa política...”, p. 771.

<sup>35</sup> Navarro Viola, *Anuario...*, p. 13.

<sup>36</sup> Véase por ejemplo el caso de la prensa italiana, en Cibbotti, “Periodismo político y política periodística...”, pp. 7-26; E. Cibotti, “Sufragio, prensa y opinión pública: las elecciones municipales de 1883 en Buenos Aires”, en A. Annino (coord.), *Historia de las elecciones en Iberoamérica, siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1995, pp. 143-175.

riamente el número de diarios que apoyaban sus aspiraciones, ya que los periódicos formaban una parte crucial de la campaña.<sup>37</sup>

En el caso del PAN, cuyos dos dirigentes principales, Julio A. Roca y Miguel Juárez Celman, esquivaban el acto partidario y el discurso público, el periódico se convertía en uno de los principales elementos de propaganda electoral, reemplazando completamente al discurso oral. En el caso de la UCR, para mencionar el extremo opuesto, su principal dirigente durante los años noventa, Leandro Alem, era un apasionado del evento partidario multitudinario y de los discursos públicos. La campaña electoral se llevaba a cabo en comités barriales donde dirigentes partidarios declamaban sus discursos, mientras que el cierre de campaña tenía lugar en uno de los teatros de la ciudad donde los líderes del partido intentaban dirigirse a un público que constantemente los interrumpía con aplausos y exclamaciones de apoyo. Por lo tanto, durante la campaña electoral, mientras la palabra impresa reemplazó casi por completo al discurso oral en el caso del PAN, este desplazamiento fue menos completo en el caso de la UCR donde la propaganda escrita convivía con el discurso público. De todos modos, mientras la palabra escrita era la combatiente diaria e infatigable, el discurso público era naturalmente más excepcional por ser más esporádico.

Durante los períodos no electorales, la propaganda partidaria se llevaba a cabo en forma pública exclusivamente en la prensa política y, como hemos dicho, ésta estaba más destinada al ciudadano que al habitante. Esto quizás explique por qué, a pesar del rápido crecimiento del número de lectores durante estos años, ese incremento no se vio reflejado en un aumento numérico de la prensa política. Buenos Aires era una de las ciudades con más rápido crecimiento poblacional en el mundo y luego de una activa campaña gubernamental, su tasa de alfabetización también creció aceleradamente. En 1895, por cada mil habitantes de la ciudad, 719 sabían leer y escribir en comparación con los 450 (de cada mil) en 1869.<sup>38</sup> La creciente tasa de alfabetización y la existencia de una sociedad más afluyente se relaciona directamente con la explosión de publicaciones que experimentó la ciudad en estos años. Pero mientras estos cambios se vieron reflejados en un mayor número de revistas especializadas y en un incremento de la circulación de la prensa en general, no tuvieron mayor efecto sobre la prensa política. Esto se debe a que, como ya hemos mencionado, el nacimiento y funcionamiento del diario político dependía exclusivamente del partido o facción y, por lo tanto, su existencia se veía afectada por los vaivenes de la política, independientemente de la sociología de la ciudad.

<sup>37</sup> Ejemplos de dichos recuentos pueden encontrarse en J. A. Roca a M. Juárez Celman, 17 de diciembre de 1878, AMJC, Leg. 2; J. A. Roca a M. Juárez Celman, 22 de febrero de 1879, y O. Andrade a M. Juárez Celman, 16 de agosto de 1879; AMJC, Leg. 3.

<sup>38</sup> *Segundo Censo Nacional*, 1895, vol. II, pp. LXXXII-XXXIII. Para un análisis de los resultados de esta campaña de alfabetización véase Prieto, *El discurso criollista...*, pp. 27-34.

¿Cuál era la relevancia de ese exclusivo sector dentro del periodismo político que denominamos prensa política y el cual, con la excepción de *La Prensa* y *La Nación*, sólo contaba con un pequeño número de fieles? De lo dicho anteriormente resulta claro que es preferible resistir la tentación de concluir que su relevancia está vinculada al crecimiento demográfico y de alfabetización que experimentó la ciudad, y que esto a su vez resultó en la formación de una opinión pública más amplia, más alerta y más demandante que la del Buenos Aires de la gran aldea. Después de todo, hemos visto cómo los cambios sociológicos resultaron en una gran demanda de revistas especializadas y exigieron que algunos periódicos se amoldasen a las exigencias de un público ávido de información y con poco tiempo disponible. Pero, como también hemos mencionado, la prensa política esquivó los principales efectos de los cambios socioeconómicos de la ciudad. Continuó con su línea de opinar, más que informar, manteniendo su naturaleza de elemento de propaganda partidaria y sin hacer grandes intentos por aumentar su caudal de lectores ofreciendo una mayor amplitud de servicios. Y si bien entre las décadas del sesenta y del noventa, el número total de miembros de la prensa política se mantuvo prácticamente estable, su proporción en relación al total de diarios y periódicos circulantes se vio disminuida.<sup>39</sup>

La relevancia de la prensa política, por lo tanto, no radica mayormente en ser la promotora y representante de una opinión pública resultante de cambios sociales. Sería ilusorio pensar en la opinión pública como una entidad que emergió espontáneamente de la sociedad para dirigir los asuntos del Estado y que tenía a la prensa política como su principal portavoz. Es indudable que eventualmente, algunas comunidades o grupos de personas hicieron oír su voz a través de estos órganos.<sup>40</sup> Hay también varios ejemplos sobre cómo una política específica fue lanzada con tanta insistencia por un periódico que el gobierno se vio presionado a adoptarla.<sup>41</sup> Y existen también varios estudios sobre el rol de la prensa como agente de movilización durante las campañas electorales.<sup>42</sup> En estos casos, por lo tanto, se puede apreciar cómo los diarios, irguiéndose como portavoces de la opinión pública, lograron imprimir cierta dirección a los asuntos del Estado. Sin embargo, como se ha argumentado, la opinión pública es un concepto político más que sociológico. A lo que se apunta con el nombre más genérico de opinión pública es, ante todo, a un concepto abstracto que invocan las distintas fuerzas políticas para atribuirse legitimidad; el

<sup>39</sup> Navarro Viola, *Anuario...*, p. 20.

<sup>40</sup> Véase, por ejemplo, H. Sabato y E. Cibotti, "Hacer política en Buenos Aires: los italianos en la escena pública porteña, 1860-1880", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana. Dr. "Emilio Ravignani"*, 3a serie, 2, primer semestre, 1990, pp. 7-46; H. Sabato, "Citizenship, Political Participation and the Formation of the Public Sphere in Buenos Aires, 1850s-1880s", *Past and Present*, 136, agosto de 1992; E. Cibotti, "Periodismo político...".

<sup>41</sup> Por ejemplo la campaña lanzada por *La Prensa* en 1897 para adecuar la representación en el Congreso de acuerdo al Censo Nacional de 1895, citada en P. Alonso, "The Origins of the Argentine Radical Party; 1880-1898", D. Phil, Universidad de Oxford, 1992, pp. 265-266.

<sup>42</sup> Zimmermann, "La prensa y la oposición..."; Cibotti, "Sufragio, prensa...".

término se refiere a una construcción ideológica de “tribunal público” cuya representatividad es disputada por todos los contendientes del espectro político, es el hueso de pelea entre los distintos pretendientes al poder y el gobierno.<sup>43</sup> Todos dicen hablar en su nombre y, como argumentaba *LTN*, la opinión pública es “esa reina sin cetro del mundo moderno, que invocamos tantas veces sin darnos cuenta de los resortes misteriosos de su poder.”<sup>44</sup> Cada miembro de la prensa política porteña se autodefinía como representante de la opinión pública.<sup>45</sup> Ellos eran los portavoces oficiales de su partido, el cual, cada uno argumentaba, era el mejor, el más auténtico reflejo de dicha opinión. Si se entiende que la política consiste, en gran parte, en la competencia de distintos discursos por la apropiación de la legitimidad, esta batalla pública se llevaba a cabo, mayormente, en la prensa política.<sup>46</sup> La importancia de la prensa política más pura, por lo tanto, no depende de las características sociológicas de los lectores ni radica significativamente en su capacidad circunstancial de movilizar a la población, sino en ser la herramienta a través de la cual cada partido político competía por la legitimidad.

La prensa política cumplía otros roles en su función de representantes de los partidos políticos. Un partido político es una agrupación de individuos dentro de la cual existe cierta diversidad de ideas en el marco de un espectro común. El diario político forjaba la identidad del partido unificando las distintas miras en una sola pluma, uniendo la diversidad en una sola voz; cada integrante de la prensa política le construía imágenes de homogeneidad a organizaciones que distaban de poseerla. El diario político, además, ofrecía a los partidarios activos un *forum* de reunión, un lugar donde socializar, intercambiar ideas, ejercitar la pluma y estar al día en los chimentos y rumores.<sup>47</sup> Después de todo, los redactores de la prensa política distaban mucho de ser el reportero independiente que cumple estrictamente con su labor. En su

<sup>43</sup> K. M. Baker, “Politics and Public Opinion under the Old Regime: Some Reflections”, en J. R. Censer y J. Popkin (eds.), *Press and Politics in Pre-Revolutionary France*, Berkely, California, 1987, pp. 212-213. Estos conceptos fueron luego expandidos en K. M. Baker, “Public opinion as a political invention”, en *Inventing the French Revolution*, Cambridge, 1990, pp. 167-199, y retomados por J. A. W. Gunn, *Queen of the World: Opinion in the Public Life of France from the Renaissance to the Revolution*, Oxford, 1995, pp. 8-11; J. R. Censer, “English Politics in the Courier d’ Avignon”, en Censer, *Press and Politics*, pp. 212-213, y en Zimmermann, “La prensa y la oposición...”, p. 4.

<sup>44</sup> “La opinión pública”, *LTN*, 13 de julio de 1887.

<sup>45</sup> Esto, sin embargo, no fue siempre así; sobre el rol de la prensa y la opinión pública entre 1862 y 1868 véase A. R. Lettieri, “Formación y disciplinamiento de la opinión pública en los inicios del sistema político moderno. Argentina 1862-1868”, *Entrepassados*, Año IV, núm. 6, 1994, pp. 33-48.

<sup>46</sup> Si bien la definición sobre política es en parte influenciada por los conceptos difundidos a partir de la obra de F. Furet, *Pensar la Revolución*, Buenos Aires, 1987, se desvía en no aceptar reducir a la política a una lucha de discursos ya que la pasión política se manifiesta muchas veces por otros medios que las meras construcciones discursivas. Simultáneamente, tampoco creo que la prensa política, sin descuidar su importancia, fuese el único ámbito u ofreciese el único medio para la competencia de discursos políticos. Existían otros ámbitos como el comité, el club, el café, el banquete, el Congreso.

<sup>47</sup> Zimmerman, “La prensa y la oposición...”, p. 3.

gran mayoría eran miembros activos de sus partidos y la actividad periodística la ejercían exclusivamente en el periódico del partido. “El hombre de la prensa”, *LTN* explicaba, “no es el hombre de la verdad entre nosotros. Cuando más, es un batallador, jadeante de fatiga, estremecido por la pasión”.<sup>48</sup> Era inconcebible, por lo tanto, que este apasionado político convertido en periodista empuñase la pluma en el diario del adversario, a no ser que su partido y el periódico que éste financiaba se desvanecieran en los rápidos cambios del mundo político, lo cual sucedía en forma frecuente.<sup>49</sup>

La prensa política, sin embargo, cumplía funciones aún más significativas que las de crear la imagen del partido, reflejar sus ideas y proveer centros de sociabilidad partidaria. En primer lugar, como veremos específicamente en el caso de *LTN*, el discurso público que ofrecían estos diarios estaba destinado a crear una imagen diseñada tanto sobre la situación general del país como sobre aspectos más específicos de la política. Ellos recreaban sus propias versiones de la historia argentina, de su presente y de su futuro, amoldándola a objetivos partidarios. Librados de las convenciones que limitan a los diarios modernos, sus discursos recreaban situaciones, defendían políticas, fomentaban rumores y ridiculizaban al contrincante. En segundo lugar, en el ejercicio de estas construcciones verbales, de la difusión del chimento y el anuncio de reuniones, el diario político “republicanizaba” a la política, convirtiéndola en una cosa más pública.<sup>50</sup> La política era, en gran medida, arrebatada de los confines de la intimidad del salón, del comité, del banquete y, a veces incluso de la correspondencia privada, para ser lanzada a la vida pública a través de los periódicos. La prensa política no se ruborizaba ante el chimento, no escatimaba la ironía, acosaba al secreto y violentaba la intimidad. La “republicanización” de la política era, sin embargo, una moneda con dos caras ya que al hacer de la política una cosa pública integraba al mismo tiempo al público a la política.<sup>51</sup> Como hemos mencionado, la importancia de este público no radicaba tanto en su número, sino en que introducía un elemento de disputa entre los actores políticos. La integración de un público a la vida política, cualquiera sea su tamaño, imponía ciertas restricciones a los partidos. Por un lado, obligaba a los políticos a formular con cuidado sus discursos, dándole al lenguaje un carácter principista, altruista, de búsqueda del bien público. Por el otro lado, el estilo batallador, agudo e irónico empleado en las columnas de la prensa hacía difícil la retracción. La publicidad de la política en la prensa partidaria encasillaba al partido en posiciones que resultaban embarazosas cuando un cambio de la situación

<sup>48</sup> “Los grandes y los pequeños temas”, *LTN*, 5 de marzo de 1881.

<sup>49</sup> Sobre la rapidez con que los diarios políticos se desvanecían véase Halperin Dongui, *José Hernández*, y Duncan, “La prensa política...”.

<sup>50</sup> Duncan, “La prensa política...”, p. 775.

<sup>51</sup> J. Popkin, “The Gazette de Leyde and French politics under Louis XVI”, en Censer, *Press and Politics*, p. 130.

requería un cambio en el discurso. Baste sólo ver los malabarismos verbales a los que *LTN* y *La Nación* se veían exigidos cada vez que recurrían a los famosos acuerdos electorales.

¿Cuál era el lugar que ocupaba *LTN* dentro del espectro de la prensa política? Era un periódico nuevo, lanzado en octubre de 1880, unos días antes de la asunción presidencial de Roca. Su primer director fue Olegario Andrade, una figura letrada no sólo respetada sino también muy experimentada en el diarismo político, condiscípulo de Roca en Concepción del Uruguay, y quien desde las páginas de *La Tribuna* de los Varela, escribía a favor de su candidatura desde 1876.<sup>52</sup> A su muerte en 1882, la redacción del periódico pasó a manos de Agustín de Vedia, y de su hijo Mariano.<sup>53</sup> Si bien su director inicial había tenido una experiencia de cinco años en *La Tribuna* antes de tomar en sus manos la dirección de *La Tribuna Nacional*, el primer número del diario hace explícito que no tiene conexión alguna con el viejo diario de los Varela, que se encontraba suspendido por el gobierno desde junio de 1880. La publicación de *LTN* era solventada por créditos en el Banco Nacional, por el sistema habitual de accionistas entre simpatizantes y amigos de confianza, y por las suscripciones del gobierno nacional y de los gobiernos provinciales.<sup>54</sup>

Juárez Celman le infringe una muerte temporal a *LTN* en 1889, en el clímax de la lucha política contra su concuñado, pero el periódico roquista reaparece en 1891 como *Tribuna*. Su impresión diaria era puesta en la calle a las dos de la tarde, tenía formato y tipografía ordinaria, costaba igual que los otros, y profesaba ser en cuerpo y alma un digno representante de la prensa política. Su tirada diaria era de 5.500 ejemplares en 1887, apenas 500 números por debajo de *Sud-América*, cobijado por el gobierno nacional y sus suscripciones, muy por debajo de los 18.000 números de *La Prensa* y *La Nación*, pero de tirada semejante a la de otros miembros de la prensa política pura.<sup>55</sup> Las cifras insinúan que la función del diario no se limitaba a ser un boletín interno para su dirigencia, como podría ser el caso, por ejemplo, de *La voz de la Iglesia*, con sus meros 800 ejemplares diarios. Estimando en alrededor de 5.000 los votantes del roquismo en elecciones al Congreso en febrero de 1886, podría concluirse que *LTN* era un medio de comunicación destinado al séquito roquista en su conjunto.<sup>56</sup>

Si bien era el diario del partido que estaba en el gobierno, *LTN* renegaba de que se la identificara como la voz oficial del gobierno nacional, argumentando que éste te-

<sup>52</sup> Sobre la relación entre Andrade y Roca, véase J. A. Roca a M. Juárez Celman, 8 de octubre de 1876, AMIC, Leg. 1.

<sup>53</sup> De Vedia va a ser reemplazado por Regino Márquez en 1904.

<sup>54</sup> Sobre las finanzas de *LTN*, véase Agustín de Vedia a Roca, 1 de abril de 1888, AGN, Archivo Julio A. Roca, Leg. 57.

<sup>55</sup> *Censo general de población, edificación, comercio e industrias de la ciudad de Buenos Aires*, 1887, Tomo Segundo, Buenos Aires, 1889, p. 546.

<sup>56</sup> Fuente: diario *La Prensa*.

nía otros medios, como documentos o discursos oficiales, para informar y hacerse oír.<sup>57</sup> Declarándose autónomo en su relación con el gobierno, el diario roquista proclamaba que representaba al PAN y que, si bien el hecho de que el PAN fuese el partido oficial le otorgaba ciertas ventajas, era independiente del gobierno nacional.<sup>58</sup> Obviamente, la línea de demarcación entre el periódico y el gobierno no era tan clara como *LTN* pretendía; al fin y al cabo, *LTN* pertenecía al presidente Roca y su círculo íntimo. Era el mismo Roca quien impartía las directivas generales que los redactores del diario debían seguir, eran las suscripciones del gobierno las que lo ayudaban financieramente y tanto el presidente como sus ministros escribían frecuentemente en sus columnas, a veces en forma anónima y otras veces pública.

Naturalmente, la imagen autocreada del periódico como distante del gobierno y en una supuesta condición de igualdad con los restantes miembros de la prensa política le ofrecía ciertas ventajas al gobierno nacional. En primer lugar, éste no se hacía responsable ni del contenido del periódico ni del tono de su lenguaje, quedando entonces *LTN* libre de adoptar el mismo estilo informal, irónico y virulento propio de la prensa política. En segundo lugar, *LTN* ofrecía a los miembros del gobierno un ámbito donde defender sus políticas y un arma con que salvar al gobierno del “desprestigio que pueden atraerle las opiniones inconsistentes, apasionadas o alarmantes de la prensa opositora”.<sup>59</sup> Por lo tanto, independientemente de las definiciones que *LTN* establecía sobre sí misma, el ser el diario del partido oficial la colocaba en una situación ambigua. Al mismo tiempo que se declaraba autónoma de él, era el peón de batalla del gobierno nacional. Este tipo de ambigüedades también se veían reflejadas en otras posturas adoptadas por el periódico en su relación con el gobierno. En lo referente a la opinión pública, por ejemplo, *LTN* insistía en que el gobierno de Roca era el mejor representante de la opinión pública, el que mejor había interpretado sus ansias de paz, progreso y trabajo. Pero al mismo tiempo *LTN* se apresuraba a establecer que el gobierno nacional no podía quedar sometido a la opinión pública ya que ello implicaría “cerrar los ojos a los extravíos de las muchedumbres; convertir a los hombres públicos en los cortesanos de una deidad fantástica”.<sup>60</sup> El juego establecido aquí era semejante a la contradictoria situación del periódico con el gobierno: el gobierno utilizaba a *LTN* al mismo tiempo que se desligaba de las implicancias de poseer un vocero oficial, y también aquí el gobierno se adjudicaba la legitimidad de ser el representante de la opinión pública pero a la vez se declaraba libre de someterse a ella.

*LTN* cumplía el papel primordial de construir la imagen pública del gobierno y de sus integrantes. Como veremos en los siguientes párrafos, era la principal herramienta con la que el gobierno nacional podía construir una determinada imagen de sí mismo, de su posición en el desarrollo de la historia argentina y de defender las políticas

<sup>57</sup> “La Tribuna Nacional”, *LTN*, 23 de noviembre de 1884.

<sup>58</sup> “Nuestra propaganda”, *LTN*, 19-20 de marzo de 1888.

<sup>59</sup> *Ibíd.*

<sup>60</sup> “La opinión pública”, *LTN*, 13 de julio de 1887.

emprendidas. La función del diario era, por lo tanto, lograr que un pueblo ágil para la movilización revolucionaria, aceptase rutinariamente al gobierno roquista. Esta función era primordial ya que se trataba de revertir en poco tiempo viejos hábitos acumulados en largas décadas. Justamente aquí residía la peculiaridad de *LTN* y de *Tribuna* para Roca, y luego de *Sud-América* para Juárez Celman: en ser una herramienta del gobierno y al mismo tiempo parte integrante de la prensa política; en ser el portavoz presidencial y simultáneamente luchar codo a codo con los restantes diarios políticos por ganar para sus miembros una legitimidad que se caracterizaba por ser esquivada.

### EL PAN, EL PROGRESO Y LA POLÍTICA

El mensaje más inmediato que *LTN* se apresuró a difundir era que la Argentina, finalmente, había entrado en una nueva era. Desde su fundación en octubre de 1880, *LTN* comenzó una diaria campaña para dar contenido y construir esa imagen de novedad, iniciación e inauguración con la que el gobierno nacional deseaba verse asociado. El periódico apeló a todo tipo de alegorías en la construcción del deseado mensaje de celebración y esperanza: “gérmenes que revientan”, el “arrullo de la maternidad”, el “desatarse de las corrientes congeladas”, “la explosión de fuerzas comprimidas”. Así como ocurre en la naturaleza cuando se inicia un nuevo ciclo, *LTN* afirmaba, el país también había arribado a esa etapa de feliz iniciación: la Argentina se hallaba en “la primavera de la historia”.<sup>61</sup>

Lo que marcaba la novedad de la nueva situación, según el gobierno, era la llegada del progreso. La fecha exacta de su arribo era 1880, su expansión abarcaba a toda la Argentina y su efecto fundamental consistía en haber logrado, súbitamente, que “el país despiert(e) a la vida, al trabajo, a la esperanza”.<sup>62</sup> Las señales de que el progreso había llegado eran abundantes e inequívocas: “buenas cosechas, industrias nuevas, empresas que requieren grandes capitales e ilimitada fortuna, vías férreas que avanzan hacia sus cabeceras naturales, puentes que se arrojan sobre los ríos, ríos que se encauzan para que no se desborden, colonias que adquieren vida propia, expediciones en fin que cruzan el desierto en todas las direcciones para hacer el prolijo inventario de sus riquezas”.<sup>63</sup> Se trataba de un progreso arrebatador, nunca antes conocido, cuya llegada merecía y debía ser diariamente celebrada. El periódico también aclaraba que si bien el arribo del progreso era motivo de celebración, su llegada en 1880 no era fruto de la casualidad. La federalización de Buenos Aires le había borrado definitivamente el adjetivo de huésped al gobierno nacional y la resolución

<sup>61</sup> “Progresos que no se mencionan”, *LTN*, 1 de enero de 1881.

<sup>62</sup> *Ibidem*.

<sup>63</sup> *Ibidem*.

del último gran conflicto institucional había abierto las compuertas del progreso. Roca y su partido se autoadjudicaban la paternidad exclusiva de todos los cambios. La victoria inauguraba, decían, la nueva época de esplendor que se hacía sentir en toda la República; el progreso, afirmaba *LTN*, avanzaba ahora a raudales.<sup>64</sup>

*LTN* se apresuraba también a afirmar que sería erróneo entender por progreso únicamente el desarrollo material: la construcción de puentes y caminos, la llegada de inmigrantes y del crédito, y la extensión de vías férreas. Según el periódico, tal reduccionismo no nos permitiría ver que cuando hablamos de progreso también nos estamos refiriendo al progreso moral de un pueblo, es decir, “al desenvolvimiento de los espíritus y la purificación de las costumbres”.<sup>65</sup> Y de nuevo, entendiendo al progreso en este sentido amplio, *LTN* anunciaba jubilosa que éstos también eran tiempos de celebración ya que a sólo tres meses del nuevo gobierno de Roca se podía apreciar que las costumbres políticas del país evolucionaban a la par del desarrollo material: “cada día que pasa, desaparece una intransigencia, se disipa una preocupación, se elimina una resistencia”.<sup>66</sup> La vieja política de exaltaciones e intolerancias había sido reemplazada por el entendimiento y la aceptación, y el pueblo se mostraba adverso a las disputas políticas. La política misma, que hasta el ochenta había sido el principal tema sobre el que había girado toda la prensa y la vida del país, había pasado ahora a un discreto segundo plano. A sólo dos años de la asunción de Roca, *LTN* confiadamente difundía que la paz inalterable había reemplazado las viejas costumbres y que gobernadores, senadores y diputados en todas las provincias eran elegidos regularmente, sin la violencia ni la coerción de antaño.<sup>67</sup>

Según *LTN*, dicha moderación de las costumbres políticas no debería ser motivo de asombro ya que era el resultado natural de los efectos del desarrollo económico en la vida política. La razón principal por la cual el progreso no podía ser entendido en un sentido exclusivamente material, insistía el periódico, se debía a que el desarrollo material produce una serie de efectos que van más allá de los beneficios estrechamente materiales. El desarrollo económico fomenta el amor al trabajo, el respeto a la ley y el amor por la paz, proclamaba *LTN*.<sup>68</sup> El mundo industrial estimula el desarrollo de los intereses conservadores, “que si bien no influye[n] directamente en los destinos políticos del país, no dejan por ello de ejercer una función poderosa, contribuyendo al desarrollo de la vida ordenada y regular, a formar la independencia y el carácter, en los hábitos del orden y en las necesidades del trabajo”.<sup>69</sup> La gran gloria del gobierno nacional, afirmaba *LTN* en 1886, consistía en que “le ha dominado la idea fundamental de buscar el progreso moral, en todas su fases, por el desarrollo y

<sup>64</sup> “Progresos que no se mencionan”, *LTN*, 1 de enero de 1881.

<sup>65</sup> *Ibidem*.

<sup>66</sup> *Ibidem*.

<sup>67</sup> “Anacronismos”, *LTN*, 21 de julio de 1882.

<sup>68</sup> *Ibidem*.

<sup>69</sup> “La lucha legal”, *LTN*, 8 de enero de 1886.

el impulso de sus elementos materiales".<sup>70</sup> El gobierno había comprendido que sólo a través del impulso del desarrollo económico se conquista el progreso en su concepción más amplia, es decir, se perfeccionan las cualidades personales de independencia y trabajo y se lleva una vida de orden.<sup>71</sup>

La fácil fusión de lo material con lo moral en el discurso del PAN es propia del pensamiento liberal al que el partido decía adherirse y *LTN* intentaba difundir.<sup>72</sup> Para el liberalismo, el desarrollo material se basa en la iniciativa privada, florece en la libre empresa y fomenta en la naturaleza humana las cualidades del planeamiento ordenado, el cálculo de riesgo, los hábitos de constancia y fuerza de voluntad requeridos para desarrollar con éxito la empresa emprendida. El desarrollo económico fomenta, entonces, las características que esta vertiente considera más loables del ser humano. El progreso material se funde así con el progreso espiritual y el desarrollo económico se transforma en sinónimo de desarrollo social ya que la sociedad se define como la suma de individuos.<sup>73</sup> Definiéndose como predicadores del credo liberal, *LTN* repetía que el desarrollo material no sólo tiene importantes consecuencias éticas individuales y sociales, sino que también resulta en una serie de positivos efectos políticos. El perfeccionamiento de las cualidades morales de la persona que resulta del desarrollo económico, decían, se ve a su vez reflejado en el tipo de instituciones que estos individuos eligen para gobernarse. Los pueblos modernos, proclamaba el periódico, desarrollan la aptitud para establecer leyes sabias y fecundas, distinguiéndose así de los antiguos por su carácter reflexivo, por la conciencia que tienen de sus propios actos y por el dominio de sí mismos.<sup>74</sup>

*LTN* predicaba que si el comercio y la industria desarrollan en el hombre una serie de cualidades positivas que a su vez se reflejan en la sociedad y contribuyen al buen gobierno, se debe a que estas actividades logran reprimir las pasiones del individuo. Las pasiones humanas representaban para el PAN los sentimientos más bajos, las tendencias más destructivas que guarda el ser humano en sus esquinas más oscuras. Hirschman ha inventariado notablemente las distintas acepciones de los conceptos de pasión e interés desde el Renacimiento hasta el advenimiento del capitalismo moderno, analizando las distintas relaciones que se establecieron entre

<sup>70</sup> "Los grandes fines", *LTN*, 17 de enero de 1886.

<sup>71</sup> "El mensaje y la política", *LTN*, 11 de junio de 1888.

<sup>72</sup> Si bien *LTN* decía adherirse a esta corriente liberal no creo que ello los convierta en liberales. Como se ha enunciado al principio de este trabajo, no se intenta aquí entrar en discusiones tales como definir al liberalismo o si este conjunto de ideas expresadas por el periódico roquista podría definirse como liberal. El objetivo aquí es más modesto y se limita solamente a establecer que *LTN* decía concordar con el liberalismo, sin detenerse a analizar las implicancias de este reclamo.

<sup>73</sup> Éstas eran las características más salientes del liberalismo puesto en práctica en Norteamérica, nación que según el PAN debía tomarse como modelo. Los conceptos mencionados fueron en gran parte tomados de J. Appelby, "Liberalism and Republicanism in the Historical Imagination", en su libro del mismo título, Cambridge, Massachusetts, 1992.

<sup>74</sup> "El progreso moderno", *LTN*, 11 de febrero de 1887.

estos conceptos.<sup>75</sup> El discurso del PAN refleja concepciones similares a las sostenidas durante los siglos XVII y XVIII cuando al interés, asociado con el desarrollo material, se le adjudicaba el rol de amordazar las pasiones, concebidas como los más dañinos instintos del ser humano. En los conceptos difundidos por *LTN*, la pasión representaba las tendencias destructivas del hombre, se expresaba en la política y era fomentada a través de los partidos políticos. El periódico roquista afirmaba que, mientras los intereses positivos apuntaban al progreso, la política era la responsable de la destrucción, la envidia y la guerra. *LTN* repetía una y otra vez en sus editoriales que si el país había comenzado una nueva etapa en 1880 era, justamente, porque el nuevo gobierno había comprendido mejor que nadie que las pasiones destructivas de la política sólo podían ser reducidas por el desarrollo de los intereses conservadores asociados con la industria y el progreso material. Es el progreso material el que lleva al progreso moral y no viceversa, insistía el periódico; es a través del desarrollo económico que se construye la civilización.<sup>76</sup>

Siguiendo estas ideas, *LTN* insistía en que era equivocado reducir al progreso a una estrecha concepción material sin reconocer sus implicancias morales, sociales y políticas. El gobierno, por el contrario, “en la construcción de un ferrocarril, por ejemplo, no ha visto sólo un suceso comercial y económico, sino un acontecimiento moral y político”.<sup>77</sup> Facilitar las comunicaciones y el transporte no significaba para el presidente Roca solamente una mejor, más rápida y más barata forma de transportar productos. Más importante aún, era una manera de aproximar a los hombres, de vincular a los pueblos, de estrechar la solidaridad de los intereses humanos y de dar bases más sólidas a la paz. “Así, al lado del progreso material, se desarrolla el progreso moral. El bienestar físico de las poblaciones estimula y aviva el sentido moral, y trae su contingente robusto a las instituciones políticas.”<sup>78</sup> El gobierno roquista, a diferencia de sus predecesores, afirmaba *LTN*, había descubierto esta verdad y, por lo tanto, había “facilitado la conciliación de todas las fuerzas activas del país, en un nuevo teatro de acción.”<sup>79</sup> Las pasiones políticas del hombre, *LTN* repetía, fueron amordazas por el desarrollo de los intereses económicos, lo que a su vez se vio rápidamente reflejado en un cambio favorable de las costumbres políticas. Según el periódico, los viejos odios dieron paso a la tolerancia, la división irrevocable a la conciliación, la violencia a la paz, la rebeldía al respeto por la autoridad.<sup>80</sup>

La paz era definida por *LTN* como el fruto máspreciado del progreso económico. El periódico la situaba a la cabeza de la lista de las conquistas de la primera adminis-

<sup>75</sup> A. O. Hirschman, *The Passions and The Interests. Political Arguments for Capitalism before Its Triumph*, Princeton, Nueva Jersey, 1977, pp. 7-66.

<sup>76</sup> “El mensaje y la política”, *LTN*, 11 de mayo de 1888.

<sup>77</sup> “Los grandes fines”, *LTN*, 17 de enero de 1886.

<sup>78</sup> *Ibidem*.

<sup>79</sup> *Ibidem*.

<sup>80</sup> “Progresos que no se mencionan”, *LTN*, 1 de enero de 1881.

tración del ochenta, insistiendo en que era el valor que el presidente Roca más estimaba, la hazaña por la que sentía mayor orgullo.<sup>81</sup> El gobierno nacional, sostenía *LTN*, ha logrado lo que ningún otro: “imponer la supremacía de las leyes sobre la voluntad de los hombres.”<sup>82</sup> La paz alcanzada también era resultado de la acción de las fuerzas productivas ya que “las guerras civiles, las rebeliones contra la autoridad, los movimientos de sediciones que se sucedían sin intervalo hasta hace algunos años, tenían principalmente por causa el profundo malestar, la despoblación, la miseria, la falta de trabajo”.<sup>83</sup> Fomentando la industria y el comercio, sostenía *LTN*, el gobierno había logrado erradicar finalmente las causas de la anarquía. Hoy podemos felicitarnos una y otra vez, insistía el periódico, del simple hecho de que “el tiempo de la política teatral ha pasado. No hay multitudes ociosas que fragüen revoluciones.”<sup>84</sup> La causa de la transformación era, según *LTN*, muy clara: el amor al trabajo había reemplazado al ocio y la miseria había sido transformada en riqueza a lo largo de la República.<sup>85</sup> Y esto se debía a que “los ferrocarriles, los bancos, los telégrafos y demás agentes de civilización y de progreso llevados al interior, están destinados a desarrollar hábitos de trabajo, a dar unidad y solidaridad a las poblaciones, a elevar la personalidad humana y a desarrollar en ella el espíritu de independencia y el sentimiento de la responsabilidad.”<sup>86</sup>

El desarrollo económico no sólo había traído paz y civilización al país, anunciaba *LTN*, sino también la libertad civil y la libertad política. Ellas también eran el producto del perfeccionamiento de la personalidad del individuo que resulta cuando éste se embarca en tareas tales como la búsqueda de capitales, la modernización de industrias primitivas y entabla relaciones para extender sus intereses comerciales.<sup>87</sup> Los pueblos modernos han comprendido, *LTN* insistía, que las libertades civiles y políticas son fruto de la civilización y que su conquista y permanencia no depende de teorías abstractas ni de leyes escritas sobre papel. El periódico predicaba que, al contrario de lo que muchos afirmaban, el mensaje de los economistas modernos no era que el derecho y la libertad son los generadores naturales y necesarios del trabajo, que para que éste exista deben existir los anteriores primero. La verdad es justamente lo contrario, afirmaba *LTN*, es el trabajo el que gradualmente introduce en las sociedades el orden y el buen gobierno, y con ellos la libertad. “No se requiere mucho esfuerzo para reconocer que hay mayores garantías y libertad en las poblaciones donde están más desarrollados los hábitos del trabajo y donde es más abundante el fruto de la labor industrial, así como es más

<sup>81</sup> “Decretar la anarquía”, *LTN*, 3 de mayo de 1882, y “Política”, *LTN*, 11 de noviembre de 1885.

<sup>82</sup> “La fuerza del sistema”, *LTN*, 2 de noviembre de 1887.

<sup>83</sup> “La antigua escuela”, *LTN*, 3 de marzo de 1887.

<sup>84</sup> *Ibidem*.

<sup>85</sup> “Anacronismos”, *LTN*, 21 de julio de 1882.

<sup>86</sup> “La antigua escuela”, *LTN*, 3 de marzo de 1887.

<sup>87</sup> *LTN*, 12 de febrero de 1887.

precaria, independiente de las leyes y de los gobiernos, allí donde no han penetrado todavía las corrientes vivificadoras del progreso”.<sup>88</sup> Aquellos que no veían la verdad de las enseñanzas de los economistas modernos, insistía *LTN*, era porque estaban confundidos en sus conceptos de libertad. Ella no era la demagogia desenfrenada, insistía el periódico, la libertad es, simplemente, “el orden público cimentado en la ley”.<sup>89</sup>

El progreso desarrolla los hábitos adecuados, templa las pasiones, conquista la paz y concibe a la libertad. Más aún, anunciaba *LTN*, también perfecciona a la democracia. El periódico estimaba que en 1885, cerca de la mitad de la población carecía de instrucción elemental y que había 400.000 ciudadanos habilitados para votar, de los cuales no menos de 300.000 estaban desprovistos de la menor instrucción. La triste conclusión a la que *LTN* arribaba era que la gran mayoría legal estaba compuesta de ignorantes. Sin embargo, *LTN* insistía que la corrupción del voto que tanto agitaba a la oposición no era resultante de las instituciones políticas sino de la situación social en que éstas se apoyaban. Esta ignorancia explicaba en nuestra sociedad el prestigio del caudillo, nuestras conmociones periódicas y la transmisión del poder por la victoria de las armas que hasta hacía poco nos caracterizaba. Y si bien esta última característica de nuestras costumbres políticas había sido erradicada, *LTN* sostenía, “el voto inconsciente de la mayoría ignorante es una amenaza suspendida sobre el destino de los pueblos”.<sup>90</sup> *LTN* se apresuraba a agregar que esto no implicaba que el gobierno estuviese a favor de restringir el voto a los letrados o a los propietarios como ocurría en muchos países avanzados; por lo contrario, el gobierno creía firmemente en que el ejercicio hace a la perfección.<sup>91</sup> Pero lo que era indudable, según el periódico, era que el gobierno de Roca había comprendido que el mayor problema de la democracia argentina era social y económico, y que estos escollos serían sólo salvados a través de la inmigración, la extensión de los ferrocarriles y telégrafos, y la promoción de la educación. Perfeccionar las bases donde se asientan las instituciones, repetía *LTN*, era cumplir, principalmente, una tarea constitucional, era trabajar para el perfeccionamiento de la democracia ya que sólo así se eliminarían las verdaderas causas de la venalidad del voto.<sup>92</sup>

En el discurso del PAN, por lo tanto, la palabra progreso tenía una significación sumamente amplia y sus efectos positivos reclamaban tener un largo alcance. Como hemos visto, según el periódico el progreso contribuye al desarrollo del carácter de la persona, al perfeccionamiento de la moralidad individual y social, conlleva al buen gobierno, instaura el orden, la libertad, la paz y desarrolla la democracia. Sin embar-

<sup>88</sup> “El mensaje y la política”, *LTN*, 11 de mayo de 1888.

<sup>89</sup> “La antigua escuela”, *LTN*, 3 de marzo de 1887.

<sup>90</sup> “La democracia práctica”, *LTN*, 1 de octubre de 1885.

<sup>91</sup> *Ibidem*.

<sup>92</sup> *Ibidem*.

go, una rápida mirada a la forma en que *LTN* define los conceptos constitutivos del progreso muestra que, en su gran mayoría, estos conceptos son mutuamente intercambiables ya que sus definiciones son tautológicas. En el lenguaje del PAN, el orden, la paz y la libertad definen el buen gobierno; el buen gobierno, la paz y el orden constituyen la libertad; la paz es orden, libertad y buen gobierno; el orden, es buen gobierno, paz y libertad, etc. Estos conceptos son mutuamente intercambiables porque en el lenguaje del PAN poseen una raíz común: el desarrollo económico. El perfeccionamiento de la ética individual y social, así como las buenas instituciones, la libertad y la democracia se desprenden de él. Las implicancias de este discurso son significativas. En primer lugar, establece una jerarquía e interrelación de valores sobre los que el gobierno roquista va a basar su acción y, en segundo lugar, este lenguaje construye tanto la identidad del gobierno y el partido que lo sostiene, así como la de la oposición.

En el discurso lanzado por *LTN* a partir de fines de 1880, no sólo se celebraba la llegada del progreso sino que se identificaba al gobierno como el único responsable de su arribo. "Si se quiere reconocer su obra," afirmaba *LTN* refiriéndose a la administración de Roca, "búsquesela en los hechos que afianzaron la paz interna; que arreglaron las más graves cuestiones internacionales; que resolvieron la eterna cuestión de las fronteras; que dieron a la nación su capital histórica y definitiva y que han dado a la actividad nacional una dirección nueva y fecunda en las gloriosas y pacíficas hazañas del trabajo y del progreso, convirtiendo en elemento de vida y de reproducción todas las fuerzas que antes se malgastaban en las luchas sangrientas y destructoras."<sup>93</sup> *LTN* insistía en que estos logros podían ser mejor apreciados si se contrastaba a la situación actual con la que el país había vivido desde la independencia hasta el presente. El periódico roquista pasaba entonces a reconstruir en sus páginas una lección de historia nacional en los siguientes términos:

El pueblo argentino se había visto en la necesidad de luchar contra un legado colonial que distaba de ser positivo. "La nación colonizadora no nos legó ni educación política, ni hábitos de orden, ni instituciones regulares de gobierno, ni un sistema de legislación propia, ni amor al trabajo, ni comercio, ni industria".<sup>94</sup> Por lo tanto no era de extrañarse que la Argentina hubiese extraviado el camino por cincuenta años y se hubiese visto dominada por "los elementos disolventes y desordenados que surgieron del coloniaje y de la revolución".<sup>95</sup> La historia de nuestro país era la historia del calvario donde todos los esfuerzos de construcción se desvanecían bajo el incendio provocado por las pasiones políticas, "una historia de luchas, de infortunios, de martirios".<sup>96</sup> Los errores del período posrevolucionario habían sido engendrados por las pasiones políticas que llevaron al país de los horrores de la anarquía a las ga-

<sup>93</sup> "Los partidos", *LTN*, 16 de diciembre de 1887.

<sup>94</sup> "1888-1889", *LTN*, 1 de enero de 1889.

<sup>95</sup> "Atavismo moral", *LTN*, 13 de febrero de 1886.

<sup>96</sup> "La lucha legal", *LTN*, 8 de enero de 1886.

rras del tirano. Y cuando los problemas más básicos de organización parecían haber sido resueltos bajo los auspicios de la constitución del '53, años de potencial progreso se vieron de nuevo desperdiciados por la irrupción de sangrientas conmociones. Mitre, Sarmiento y Avellaneda tuvieron que invertir sus días en la presidencia en calmar disturbios internos e internacionales.

Este período de infortunios culminó en la revolución del ochenta. La lucha por la capital venía a resolver otro de los legados nefastos de nuestra historia, la dicotomía entre porteños y provincianos, "esa antítesis monstruosa por su injusticia, implacable por sus ambiciones [...] de un lado la ciudad metropolitana y la provincia imperio, del otro, trece pobres aldeas desparramadas en un vasto desierto".<sup>97</sup> Felizmente, el último de los grandes problemas de la Argentina recibía una solución irrevocable y, sobre el sentimiento extraviado del localismo, triunfaba el sentimiento generoso de la nacionalidad. "El huésped había desalojado transitoriamente la casa que ocupaba para entrar luego en ella como señor. El pupilo había llegado a la mayoría de edad y entraba en posesión de sus derechos; el regente, dejaba el puesto directivo entrando en su rango de simple individuo en la familia nacional".<sup>98</sup> Ese final feliz de una historia tortuosa se debía, naturalmente, al general Roca. Gracias a él y a su partido, el país había transitado con éxito "la edad irreflexiva de la inexperiencia, en que las pasiones hierven con la sangre juvenil en las venas, en la que sólo se conciben las soluciones extremas y violentas" para llegar a "la edad de la reflexión y de la calma [...] que elimina las abstracciones quiméricas; que huye de las ilusiones peligrosas, y busca soluciones prácticas".<sup>99</sup> El país había entrado a una etapa semejante a la de aquellos grandes pueblos que triunfan en dar ese gran paso de la edad media a la moderna. Así como en aquellos grandes pueblos "(que) han luchado con las inocencias, las crueldades, los fanatismos, las supersticiones y las barbaries de las masas de hombres incultos, para llegar a la libertad de pensamiento y al gobierno de las instituciones, en la República Argentina se ha luchado durante cincuenta años por salir del estado embrionario".<sup>100</sup>

La historia de la Argentina relatada en las páginas de *LTN* no nos es desconocida; términos semejantes, aunque con distintos énfasis, fueron empleados en los primeros relatos históricos de la era posrosista.<sup>101</sup> La historia relatada por el periódico roquista ofrece, de todos modos, algunas singularidades. No es una historia protagonizada por hombres que luchan contra la adversidad para construir una nación al estilo de la narrativa sobre los padres fundadores en la historia de los Estados Unidos. En el relato roquista de la historia argentina, el personaje central es el progre-

<sup>97</sup> "Nacionalismo y localismo", *LTN*, 6 de septiembre de 1885.

<sup>98</sup> *Ibíd.*

<sup>99</sup> "La lucha legal", *LTN*, 8 de enero de 1886.

<sup>100</sup> "La República Argentina", *LTN*, 26 de enero de 1887.

<sup>101</sup> Excelentes reconstrucciones posrosistas puede encontrarse en T. Halperin Donghi, *Proyecto y construcción de una nación*, Caracas, 1980; N. Botana, *La tradición republicana*, Buenos Aires, 1984, y *La libertad política y su historia*, Buenos Aires, Biblioteca Ayacucho, 1991.

so y la lucha contra la adversidad es la lucha del progreso por abrirse camino contra las desatadas pasiones políticas que se lo obstaculizaban. Más significativo aún, es una historia donde las guerras de independencia, la anarquía, el gobierno rosista y los intentos de construcción nacional entre el 53 y el 80, formaban sólo el prólogo de la historia argentina. Únicamente en 1880, con la llegada de Roca al poder, comenzaba a llenarse con tinta el blanco de la primera página de la historia de la Argentina moderna.

Si bien la lección de historia nacional fabricada por *LTN* peca de simplista, distorsionada y arbitraria, lo importante para rescatar de ella es, justamente, estos elementos que la caracterizan. Lo más significativo de esta historia caprichosa es la multiplicidad de funciones que aspiraba a cumplir. Su objetivo más obvio era resaltar diariamente los triunfos de la administración del ochenta, enumerando los frutos del progreso que se decían sentir en todo el país desde el primer día de la administración de Roca. De allí el empeño con el que el periódico enumeraba las líneas férreas, los telégrafos y el puerto, y la insistencia con que el resumen de la política semanal publicado cada viernes celebraba el final de otra semana donde la paz no había sido interrumpida. Asimismo, la construcción de un relato negro de la historia anterior al ochenta, como reconocía el mismo periódico roquista, no tenía otro fin que resaltar los logros del nuevo gobierno.<sup>102</sup>

La necesidad de construir un discurso de grandeza, honor y triunfo para la administración roquista y contrastarlo con un pasado opuesto demuestra, primordialmente, la urgencia con la que el periódico fabricaba una reputación donde el nuevo gobierno pudiera basar su legitimidad. Si bien la narración de la historia nacional difundida por *LTN* lindaba con lo grotesco, no es menos cierto que de esa narración se desprende una de las evidencias más obvias de esa historia: la falta de legitimidad de las autoridades elegidas y la frágil capacidad de éstas para imponer su autoridad en toda la República. Durante el período de la organización nacional, la indiferencia e incluso el desprecio por la autoridad nacional, por las leyes y la Constitución había demandado grandes esfuerzos bélicos y económicos. Este pasado reciente sólo hacía más urgente la necesidad de construcción de una legitimidad para el nuevo gobierno. Después de todo, Roca había asumido a los tres meses de la revolución más sangrienta del período constitucional y su elección presidencial había sido desafiada por la mayor parte de ese sector de la población porteña donde ahora residía el presidente. Si las elecciones no bastaban para investir a la autoridad nacional de una legitimidad que contuviese los instintos guerreros de los pretendientes al poder, era imperioso construir una reputación que invistiera al presidente de la legitimidad que las elecciones, hasta ese entonces, no alcanzaban a otorgarle. Los largos y reiterativos editoriales sobre el Presidente-General que había conquistado el desierto, había aniquilado el último bastión de localismo y ha-

<sup>102</sup> "La lucha legal", *LTN*, 8 de enero de 1886.

bía abierto las compuertas del progreso estaban destinadas, desde el primer día, a cumplir esa función.

Al narrar su propia versión de la historia nacional, *LTN* manifestaba cumplir con una misión patriótica: “corresponde a los ciudadanos y a los partidos no olvidar las lecciones de ese pasado que se evoca para estimular el sentimiento nacional”.<sup>103</sup> Si era necesario recrear una lección de historia que fomentase el sentimiento de pertenencia a una nación, obviamente ello se debía a que los contemporáneos percibían que ese sentimiento era todavía frágil. Ese nacionalismo embrionario, el periódico aducía, podía ser más valorado si se lo contraponía con aquella imagen de anarquía institucional que le precedió.<sup>104</sup> Después de todo, lo que la historia pasada mostraba era que la unión de la Argentina no sólo era una unión reciente sino también una unión institucional. Varias veces, y no siempre con éxito, había sido necesario emplear la fuerza para crear la unión de regiones en las que un pasado colonial común, una misma lengua y una misma religión, no parecían constituir razones suficientes como para quedar institucionalmente unidas por una autoridad común. La narrativa roquista, por lo tanto, hacía una celebración de la unidad institucional sellada en el ochenta. Ella fabricaba una imagen festiva del inicio de un tipo de unión, que si bien se había articulado en la teoría, su realidad luchaba aún por imponerse.

Como ya hemos mencionado, el relato roquista de la historia nacional cumplía además la doble función de garantizar la paternidad del PAN como único gestador de la nueva era y de crear la identidad del nuevo gobierno, la del partido oficial y la de la oposición. Era el presidente Roca, *LTN* repetía, quien había conquistado el desierto para la nación, había hecho triunfar el sentimiento nacional sobre el localismo porteño, había organizado un partido nacional y había hecho germinar las semillas del progreso. Si la Argentina, a diferencia de Estados Unidos, no poseía en su independencia una serie de padres fundadores, era porque ella no había disfrutado de una organización temprana. La Argentina moderna comenzaba en 1880 y el gobierno roquista era el equivalente nacional a los padres fundadores norteamericanos. En la historia reconstruida por *LTN*, el ochenta establecía una línea de demarcación entre el pasado y el presente. Esta dicotomía que establecía el ochenta entre el antes y el después, era empleada por el periódico, entre otras cosas, con el objetivo de “instruir” al público sobre la diferencia entre el atraso y la modernidad. Lo que diferenciaba a los pueblos anclados en el atraso de aquellos que lograron la civilización, afirmaba *LTN*, era que en los primeros reinaba la inmovilidad, la costumbre, la tradición, la religión y la forma de gobierno de tribu.<sup>105</sup> Los pueblos atrasados, *LTN* afirmaba, tienen horror a la innovación y custodian la estaticidad, mientras que en los modernos “todo es dinámico y se aspira al cambio continuo en el sentido de una mejora”.<sup>106</sup> La Argentina,

<sup>103</sup> “La lucha argentina”, *LTN*, 8 de enero de 1886.

<sup>104</sup> “La República Argentina”, *LTN*, 26 de enero de 1887.

<sup>105</sup> *Ibidem*.

<sup>106</sup> *Ibidem*.

gracias al gobierno roquista, había logrado entrar a la modernidad “y después de luchas sangrientas ha conseguido salir de la época salvaje, deshaciendo el caudillaje que conservaba la fuerza como instrumento”.<sup>107</sup> Gracias al nuevo gobierno, insistía *LTN*, la Constitución no era ya una letra escrita sino una encarnación, el país experimentaba una paz sin precedentes “y ya está por lo tanto en su época de discusión, de progreso y de adelanto”.<sup>108</sup>

Era justamente en esta abrupta división entre el pasado y el presente que el nuevo gobierno basaba su identidad. En su narrativa histórica, *LTN* no lo presentaba como un gobierno que aspiraba a construir sobre las bases de sus antecesores, como los continuadores de una empresa emprendida con anterioridad a su arribo al poder y que ellos se proponían engrandecer. Por el contrario, *LTN* reconstruía un pasado a la vez cercano y lejano, donde la cercanía cronológica era alejada por la brecha entre el atraso y el progreso. Roca no era presentado al público como el ministro de Guerra de Avellaneda, sino como el conquistador independiente del desierto, y las vías férreas, el telégrafo y las exportaciones sólo parecían haberse iniciado junto con la nueva administración. A su vez, el PAN no era presentado en sociedad como un partido poseedor de un prestigioso árbol genealógico cuyas raíces podían rastrearse en las presidencias anteriores. Por el contrario, era presentado como una organización completamente nueva y moderna, creada en la aurora de 1880 y sin contacto alguno con el pasado. Si en la dicotomía histórica creada por la *LTN* el pasado era asociado con atraso, la identidad del gobierno y su partido basada en la imagen de modernidad no podía tener ningún vínculo con el ayer. Por el contrario, su personalidad era conformada por imágenes de inauguración y comienzo, nutrida por los conceptos de cambio, modernidad, orden y progreso construidos, principalmente, en las editoriales de *LTN*.

La narración histórica difundida por el periódico roquista también tenía un objetivo pedagógico. Si el país había entrado definitivamente en la modernidad, se hacía necesario educar a la nueva nación en los valores que se creían correspondientes a la nueva situación. De allí las ya mencionadas lecciones sobre la naturaleza del progreso y sus efectos de largo alcance. La difusión de estos conceptos se hacía más necesaria, se aducía, en una nación nueva con viejos y malos hábitos. Era necesario enseñar, tanto a los ciudadanos como a la oposición, que las viejas prácticas políticas eran incompatibles con la nueva era. *LTN* comenzó, por lo tanto, una campaña insistente para aleccionar sobre el lugar que debían ocupar la política y los partidos políticos en la nueva etapa. El periódico los presentaba en el período anterior a 1880 como uno de los personajes centrales de la historia argentina y los principales responsables de sus infortunios. En la modernidad recreada por el roquismo, sin embargo, ellos estaban destinados a ocupar un rol mucho más modesto.

<sup>107</sup> “La República Argentina”, *LTN*, 26 de enero de 1887.

<sup>108</sup> “La lucha argentina”, *LTN*, 8 de enero de 1886.

Como hemos visto, la gran lección que *LTN* pretendía extraer de la historia argentina era mostrar lo que ocurre cuando las pasiones políticas, “esas pasiones ciegas y subversivas [...] que ha(n) solido convertirse en llama”, se desbordan.<sup>109</sup> Esa llama destructora había, desde el comienzo, triunfado sobre todo intento de construcción nacional. Así lo habían experimentado Rivadavia y Urquiza y, más cercanamente, los participantes de la revolución del ochenta cuando “del seno mismo de la capital argentina, surgió el grito de las pasiones comprimidas, concitando los antiguos odios, y agitando los recuerdos luctuosos de las guerras civiles”.<sup>110</sup> El responsable del agitación de las pasiones políticas era, según *LTN*, “el espíritu de partido que sopló el incendio de las guerras civiles, que reanimó el esfuerzo de la barbarie, y que reprodujo tantas veces la lucha de sus elementos contra la civilización.”<sup>111</sup> Y si el proceso de destrucción se había revertido en 1880, era porque sólo entonces, las pasiones políticas habían sido amordazadas por los efectos del progreso. El objetivo del gobierno había sido conquistar y mantener la paz porque ella es “la primera condición de una vida normal”.<sup>112</sup> Como hemos visto, *LTN* rescataba de su propia narrativa histórica una serie de moralejas: que para que exista el progreso se hacía necesario restringir las pasiones; que el principal canalizador de las pasiones eran los partidos políticos; y que los logros alcanzados debían ser cuidados ya que la historia de la anarquía prerroquista mostraba lo que sucedía cuando las pasiones políticas se desatan.

*LTN* insistía en que los partidos de oposición se equivocaban al acusar al gobierno nacional de abusar del poder. Según el periódico, ellos no comprendían que la fuente de los mayores peligros no provenía de un exceso de poder sino de soplar sobre las cenizas de la pasión política de la forma en que lo hacían los políticos irresponsables de la oposición.<sup>113</sup> La oposición erraba el camino al sostener que las agitaciones políticas son sinónimo de libertad; por el contrario, repetía *LTN*, ellas representan su obstáculo ya que “suspenden el curso de los intereses materiales y morales del país, suprimen la seguridad, y todas las garantías del derecho.”<sup>114</sup> *LTN* aseguraba que la lección sobre el peligro que representan los partidos políticos para el progreso, no sólo provenía de la propia historia argentina, sino incluso de las enseñanzas de George Washington, “el padre de las democracias modernas”.<sup>115</sup> Estas mostraban cómo los partidos alientan el espíritu de venganza trayendo desórdenes y miseria que generalmente llevan al despotismo, así como el espíritu de partido interfiere en la administración pública introduciendo la perturbación en los consejos, pro-

<sup>109</sup> “Atavismo moral”, *LTN*, 13 de febrero de 1886.

<sup>110</sup> *Ibidem*.

<sup>111</sup> *Ibidem*.

<sup>112</sup> “Política”, *LTN*, 11 de noviembre de 1885.

<sup>113</sup> “La lucha legal”, *LTN*, 8 de enero de 1886.

<sup>114</sup> “Política”, *LTN*, 11 de noviembre de 1885.

<sup>115</sup> “Atavismo moral”, *LTN*, 13 de febrero de 1886.

duciendo infundados recelos y falsas alarmas, fomentando incluso la insurrección.<sup>116</sup> Las enseñanzas de Washington eran particularmente aplicables a la Argentina, afirmaba el periódico, “también aquí ese espíritu ha solido degenerar en pasiones ciegas y subversivas”.<sup>117</sup>

La nueva era comenzada en el país exigía, por lo tanto, “humanizar las luchas políticas y la impaciencia de los partidos y difundir nociones más racionales y prácticas sobre nuestra situación”.<sup>118</sup> Según *LTN*, era necesario difundir e implementar una nueva concepción de la política y de los partidos políticos. El rol de la política ya no podía consistir en obstaculizar el avance del progreso levantando banderas y fabricando especulaciones teóricas con poco contacto con la realidad. Ahora el país necesitaba una política práctica, de tolerancia y unificación de las opiniones, como la que había ejercido el presidente Roca quien, luego de una cruenta revuelta, había abierto los brazos de su gobierno a todos los hombres de bien.<sup>119</sup> Una concepción pragmática de la política, continuaba *LTN*, exigía a su vez que los viejos partidos políticos abandonen viejos hábitos, se acomoden a la modernidad y asuman el rol que ésta les destina. Uno de los errores del pasado, según el periódico, era el haber concebido a los partidos políticos como asociaciones permanentes. Ese sistema pertenecía al ayer, con sus viejos caudillos, sus dictaduras personales y sus contiendas incesantes. Ahora en cambio, “todos podemos ver en la condición de los partidos permanentes un obstáculo al progreso, a las buenas ideas y aún al orden público”.<sup>120</sup> “El gobierno se hace imposible”, afirmaba *LTN*, “cuando los partidos se mantienen en pie, en la plaza pública, deliberando todavía como los antiguos atenienses.”<sup>121</sup> Es innegable, el periódico se apresuraba a afirmar, que los partidos políticos son testimonio de la existencia de una vida libre y que la supresión o falta de ella suele ser un signo de despotismo o del estado embrionario de la vida política. Sin embargo, *LTN* afirmaba, “los partidos políticos no son una institución de derecho público, sino de política; ni son miembros del organismo del estado”; por el contrario, los partidos “no son sino agrupaciones de individuos, ligados por opiniones y tendencias comunes” y, por lo tanto, “no pueden estar constantemente sobre la arena política, gastando sus fuerzas sin objeto, o agitándose locamente en el vacío”.<sup>122</sup>

El viejo rol central que ocupaban los partidos políticos en el pasado, insistía *LTN*, debía ser reformulado en los nuevos tiempos. El periódico predicaba que era imperativo comprender que los partidos políticos son sólo asociaciones de carácter accidental, que su organización es necesaria de tiempo en tiempo para que los go-

<sup>116</sup> “Atavismo moral”, *LTN*, 13 de febrero de 1886.

<sup>117</sup> *Ibidem*.

<sup>118</sup> “El medio y la aspiración”, *LTN*, 19 de febrero de 1887.

<sup>119</sup> “Nacionalismo y localismo”, *LTN*, 6 de septiembre de 1885.

<sup>120</sup> “En el vacío”, *LTN*, 9 de diciembre de 1887.

<sup>121</sup> “Los partidos”, *LTN*, 16 de diciembre de 1887.

<sup>122</sup> “En el vacío”, *LTN*, 9 de diciembre de 1887.

bernantes sean elegidos, pero luego deben disolverse para no producir tensiones en la sociedad. “Los partidos de hoy y del porvenir son los que se consagran para servir una idea, para hacer triunfar un principio, o para llevar al poder sus representantes genuinos.”<sup>123</sup> Cuando finalizan las elecciones y comienza el período de gobierno, ellos deben calmar las pasiones y cesar la agitación. En las sociedades democráticas, repetía *LTN*, el rol de los partidos se limita a cumplir los fines constitucionales de la elección, “no son organizaciones permanentes, destinadas a estar en perpetua acción y agitación”.<sup>124</sup> Su función y existencia finalizan el día electoral para reagruparse únicamente cuando toca la siguiente elección. Minimizar el rol de la política y de los partidos políticos a las luchas electorales establecidas en el calendario constitucional era, según *LTN*, estar a tono con la modernidad. En la nueva era los viejos hábitos políticos no tenían ya cabida: “un criterio más humano, un sentimiento más fraternal, una aspiración más generosa, han reemplazado a los delirios y al fanatismo de las antiguas contiendas”.<sup>125</sup>

El discurso construido por *LTN* sobre la llegada de la modernidad al país mantuvo a lo largo de la década del ochenta un tono altamente celebratorio. Sin embargo, el periódico oficial también insistía en que todavía existían en la nueva era una serie de vicios sobrevivientes del pasado cuya irritante persistencia constituía la nota discordante de la nueva era. Los tres vicios principales eran: los partidos de oposición, la prensa opositora y las prácticas electorales. En la narración del periódico roquista los roles estaban bien definidos: mientras que el PAN era el nuevo partido “destinado a impulsar al país al engrandecimiento por caminos nuevos y desconocidos”, la oposición estaba constituida por “políticos de otra época [...] sin relación alguna con el estado actual de la opinión, ni con las necesidades políticas de la república [...] viviendo de sus recuerdos y tradiciones”.<sup>126</sup> “¿Cuál ha sido la contribución de la oposición a la nueva situación?”, se preguntaba *LTN* en 1883, “¿Son acaso las piedras que [se han] puesto delante del carro de la fortuna nacional?”<sup>127</sup> Según el diario, el rol de la oposición había sido y continuaba siendo una constante decepción. Cuando han sido gobierno “han hecho la guerra a propios y extraños; han vivido bajo el estado de sitio y las intervenciones; han encerrado a los ciudadanos en cárceles y pontones; han suprimido la prensa, centralizado de todos modos el gobierno y restringido la libertad.”<sup>128</sup> Y ahora que eran oposición su triste rol se reducía a “conspirar contra la paz; contra la estabilidad de los gobiernos”.<sup>129</sup> “Esa oposición vive enclavada en el pasado”, insistía *LTN*, “desde entonces el país ha marchado, se ha transformado y engran-

<sup>123</sup> “Los partidos”, *LTN*, 16 de diciembre de 1887.

<sup>124</sup> “Un nuevo partido”, *LTN*, 27 de enero de 1887.

<sup>125</sup> “Los partidos”, *LTN*, 16 de diciembre de 1887.

<sup>126</sup> “Un nuevo partido”, *LTN*, 27 de enero de 1887.

<sup>127</sup> “Los partidos que hacen y los partidos que hablan”, *LTN*, 29 de noviembre de 1883.

<sup>128</sup> “Oposición y negación”, *LTN* 4-5 de abril de 1887.

<sup>129</sup> *Ibidem*.

decido: ella ha quedado rezagada, en el punto de partida, protestando contra todo lo que ha servido para obtener esos resultados".<sup>130</sup> Sin aceptar que los tiempos han cambiado los partidos de oposición continuaban "alimentando el fuego sagrado de una religión sin adeptos".<sup>131</sup> Para *LTN*, ellos simbolizaban la resistencia al avance del progreso, representaban a quienes no habían logrado acomodarse a la modernidad. "Cada partido político del país, impaciente, intolerante y ciego, se imagina que toda la vida pública y todas las aspiraciones nacionales están concentradas en él; que nada hay más allá de su ambición o de su acción, y que todo obstáculo que se lanza en su camino, es, no la obra de fuerzas contrarias y antagónicas de la opinión, sino la imposición arbitraria de los Gobiernos."<sup>132</sup>

También la prensa política, un subproducto de los partidos, era retratada por *LTN* como otro vicio anacrónico, sobreviviente de la antigüedad. El tiempo de las conspiraciones y revoluciones había pasado, sostenía *LTN*, pero "la prensa, que en manos de los partidarios, contribuía a exaltar las pasiones y a encender las luchas en uno u otro campo", se ha formado en "una escuela que ha sobrevivido a las causas que la hicieron nacer".<sup>133</sup> Mientras que el sentimiento de paz y orden echan raíces en la sociedad, continuaba el diario, "(nuestra prensa), no habiendo aprendido sino a guerrear, continúa su sistema sin apercibirse de que ya no hay público que responda",<sup>134</sup> ella no comprende que conservar la paz es hoy "una obra moral y patriótica".<sup>135</sup> Hoy la sociedad esta envuelta en un espíritu de templanza y moderación, repetía el periódico, un sentimiento puramente liberal, de tolerancia y paz que el PAN ha logrado construir.<sup>136</sup> Sin embargo, los diarios políticos de la capital "en que todos los partidos y todos los círculos sociales se hallan representados [...] rivalizan en sentimientos y opiniones extremas; cada uno se esfuerza en sobrepujar a los demás dando la nota más alta de la pasión."<sup>137</sup> Tanto la prensa política de la oposición como los partidos a que responden, insistía *LTN*, creen ejercer un patriotismo malentendido. Según *LTN*, el patriotismo de hoy no consiste en encender las pasiones, haciendo peligrar la obra del progreso; por el contrario, amar al país es admirar su grandeza y no encerrarse en círculos estrechos, "no es desmoronando eternamente el edificio social, caldeándolo al rojo con ideas anárquicas, saturándolo de amarguras con el encono de la maledicencia, como se adelanta por el camino de la perceptibilidad y del bienestar común".<sup>138</sup> "Ya hemos atravesado

<sup>130</sup> "Oposición y negación", *LTN* 4-5 de abril de 1887.

<sup>131</sup> "Un nuevo partido", *LTN*, 27 de enero de 1887.

<sup>132</sup> "Política", *LTN*, 11 de noviembre de 1885.

<sup>133</sup> "La antigua escuela", *LTN*, 3 de marzo de 1887.

<sup>134</sup> *Ibíd.*

<sup>135</sup> *Ibíd.*

<sup>136</sup> "El sentimiento del país", *LTN*, 10 de octubre de 1884.

<sup>137</sup> "La fuente del mal", *LTN*, 19 de febrero de 1886.

<sup>138</sup> "Confianza es poder", *LTN*, 24-25 de enero de 1887.

las cruentas luchas producto de las pasiones”, lo que hoy necesitamos, afirmaba *LTN*, es contar “con el sentimiento conservador de los pueblos”.<sup>139</sup>

Un tercer elemento negativo de la sociedad moderna, remanente de épocas pasadas, era la corrupción electoral. La oposición insistía en arrojar las culpas de su existencia al gobierno, como si la corrupción electoral, se mofaba el periódico roquista, fuese un invento de los ochenta. Como hemos visto, el gobierno encontraba en la ignorancia y la pobreza la causa de la venalidad del voto. Según *LTN*, era la situación social del país la que hacía que “en nuestras luchas populares y democráticas, el mayor número de partidarios tiene que ser reclutado por la fuerza en la gran masa de la población ignorante, sin conciencia de sus derechos, y por consiguiente de sus deberes”.<sup>140</sup> La solución de estos problemas, afirmaba el periódico, no depende de una acción directa del gobierno nacional en las provincias, como sostenían algunos partidos de la oposición, ya que esto violaría el principio federal de nuestra Constitución.<sup>141</sup> El gobierno tampoco se inclinaba a reemplazar el voto universal por uno calificado, defendiendo el principio de que la práctica de los deberes políticos ayuda a su perfeccionamiento. Según *LTN*, la mejor solución era la practicada por el gobierno actual quien, entendiendo las verdaderas causas del problema, era el que más ha hecho para modificarlas. “Hemos vivido en el desierto y todavía sufrimos su ley fatal la ignorancia y la dispersión de los centros urbanos dificulta la existencia de toda organización y la llegada de toda autoridad. Únicamente el progreso puede lenta pero resueltamente vencer las leyes del desierto.”<sup>142</sup>

#### REFLEXIONES E IMPLICANCIAS

Las ideas sostenidas por el periódico roquista se convirtieron en la ideología dominante del período y por lo tanto, en muchos aspectos, dejó de ser la ideología particular y propia de un periódico, de un partido político o de una administración, para envolver, con distintos matices, a toda una era. Es difícil precisar cuánto contribuyó *LTN* a esta difusión pero como órgano oficial del roquismo fue uno de los principales voceros, constructores y defensores de estos principios. También resulta difícil rastrear la relación entre el periódico roquista y sus lectores. Si el periódico era el mediador entre los líderes roquistas y sus seguidores, las manifestaciones más prácticas de esta relación son arduas de vislumbrar. En contraste, en el caso de la Unión Cívi-

<sup>139</sup> “La lucha legal”, *LTN*, 8 de enero de 1886.

<sup>140</sup> “El medio y la aspiración”, *LTN*, 19 de febrero de 1887.

<sup>141</sup> *Ibíd.*

<sup>142</sup> *Ibíd.*

ca Radical de los años noventa, la tarea se vería facilitada en cierta medida por el hecho de que uno de los fines del periódico radical, *El Argentino*, era justamente el de movilizar a los ciudadanos en contra del gobierno, de incitarlos a la acción tanto en las elecciones como en las revoluciones. En este caso el periódico radical era una verdadera herramienta de acción del partido ya que le indicaba a los lectores dónde y cuándo tenían lugar los “meetings” políticos, las reuniones de los comités, las inscripciones en el padrón electoral y las elecciones. El órgano de la UCR incitaba al pueblo a votar y le decía que, dadas las circunstancias, era también su deber de ciudadano empuñar las armas contra el gobierno. ¿Pero cómo establecer una relación semejante en un partido como el PAN que renegaba de las movilizaciones, de los partidos políticos permanentes y que carecía del tipo de organización local que caracterizaba a los radicales? ¿Cómo analizar el vínculo existente entre un periódico que le enseñaba a sus lectores que era un deber patriótico trabajar en el comercio en vez de inmiscuirse en la actividad ociosa, e incluso peligrosa, de la política?

Puede, de todas formas, afirmarse que el periódico roquista contribuyó enormemente a su propia causa partidaria. Según Rousseau, el principal objetivo de todo gobierno que serenamente quiere disfrutar del poder, es lograr la aceptación rutinaria del pueblo.<sup>143</sup> Su fin es lograr que día tras día el ciudadano emprenda sus tareas sin cuestionarse la existencia de la autoridad ni las razones de su obediencia hacia ella. En este sentido, la contribución de la *LTN* a esta aceptación rutinaria puede fácilmente clasificarse como exitosa

La ideología difundida por *LTN*, repetida incansablemente en sus columnas a lo largo de más de dos décadas, jugó un papel importante en el espectro político de fin del siglo XIX y principios del XX. Si bien se ha sostenido repetidas veces que el campo de las ideas o las ideologías profesadas por los distintos grupos políticos no jugaron un papel fundamental en la política de este período, una mirada a los periódicos de la época revertiría este argumento.<sup>144</sup> Como hemos mencionado, durante los años ochenta el periódico se abocaba a crear una imagen legitimadora para el nuevo gobierno y su nuevo partido. Sin embargo, las constantes referencias a fuerzas subversivas que podían socavar la nueva era comenzada en el ochenta pueden resultar un tanto enigmáticas si se las contrasta con la ausencia de una oposición política organizada a lo largo de la década. Las dos administraciones del ochenta gozaron de un período de paz sin precedentes ya que la consolidación del PAN coincidió con el empinado declive de las fuerzas políticas porteñas. Los aspirantes al poder desde la débil oposición —Bartolomé Mitre, Bernardo de Irigoyen, Dardo Rocha, o incluso Manuel Ocampo, el candidato presidencial rival a Juárez en 1886— distaban de representar hombres que podían llevar al país al caos al que constante-

<sup>143</sup> Citado en Gunn, *Queen of the World...*, p. 10.

<sup>144</sup> Uno de los más firmes argumentos sobre la inexistencia de divisiones ideológicas significativas en la Argentina de fin de siglo puede encontrarse en K. Remmer, *Party Competition in Argentina and Chile. Political Recruitment and Public Policy, 1890-1930*, Lincoln and London, p. 33.

mente hace referencia las páginas de *LTN*. Incluso la oposición católica, la más vociferante de estos años, distaba de representar aquel peligro del que sólo el PAN, según *LTN*, podía salvar al país.

Durante los años ochenta, el peligro subversivo contra el que batalla el periódico roquista no es una fuerza política contemporánea sino las prácticas políticas porteñas de un ayer reciente. Un pueblo porteño acostumbrado a la movilización, tanto electoral como de la otra, que durante dos décadas luego de la caída de Rosas había demostrado, a través de una prensa periódica, organizaciones civiles y partidos políticos que estaba dispuesto a participar de los asuntos públicos representaba, para el PAN, un peligro para la construcción pacífica de la nación.<sup>145</sup> Revertir esta tradición porteña, instruir sobre los nuevos valores de progreso, de orden y de paz que se basaban, precisamente, en la desmovilización, era una de las tareas primordiales de *LTN*. El discurso roquista no se dirigía a adversarios potencialmente peligrosos, sino a aquel pasado que se quería dejar atrás.<sup>146</sup>

Muy diferente será, sin embargo, el rol del discurso roquista durante la década del noventa, cuando el retorno al pre-ochenta se hace real frente a la organización de la Unión Cívica Radical. En un trabajo más extenso he señalado las marcadas diferencias ideológicas entre el PAN y la UCR y entre éstos y los demás partidos políticos de la década del noventa. La UCR se organizó, entre otras cosas, para defender una concepción muy distinta sobre el rol de la política y los partidos políticos, sobre los efectos del desarrollo económico y sobre las instituciones nacionales. Sus ideas eran tan diametralmente opuestas a las formulaciones que desde una década atrás se propagaban desde el oficialismo, que los líderes radicales firmemente argumentaron que el futuro de la República sólo podría ser salvado por una revolución. Frente a la presencia de un partido que reivindica el retorno del país al camino institucional trazado durante las décadas del sesenta y del setenta, el PAN tendrá que agudizar su discurso para disuadir a la opinión de que la propuesta radical es seductora. En el discurso dicotómico del PAN, el radicalismo va a representar el pasado y el atraso, el retorno a un estado de perpetua agitación política, delimitando así claramente los campos entre gobierno y oposición.<sup>147</sup>

Igualmente significativa fue la forma en que las dicotomías establecidas por *LTN* entre los amigos y los enemigos del progreso también van a ser aplicadas por el periódico, no sólo para construir las identidades del gobierno y de la oposición, sino también para delimitar el espectro político dentro del mismo PAN. Las ideas forjadas en *LTN* durante los primeros seis años de su existencia, van a ser sostenidas y repeti-

<sup>145</sup> H. Sabato, "Vida política y cultura de movilización en Buenos Aires, 1860-1880", en A. Hernández Chávez, M. Carmagnani y R. Romano (comps.), *Para una historia de América Latina*, México, en prensa.

<sup>146</sup> Halperin Donghi, "Un nuevo clima de ideas", en *La Argentina del ochenta...*

<sup>147</sup> Alonso, "The Origins..."; P. Alonso, "Los orígenes ideológicos de la Unión Cívica Radical", UTD Working Papers, núm. 12, 1994.

das con monótona fidelidad a lo largo de las décadas del ochenta, del noventa y del novecientos. Cada día, *LTN* y luego *Tribuna* continuaron idolatrando al progreso y a sus gloriosos efectos, siguieron insistiendo en la conveniencia de partidos políticos transitorios y continuaron advirtiendo sobre los peligros de recaer en la anarquía si se obstaculiza el camino del progreso inaugurado en 1880. La división tajante entre los forjadores del progreso y aquellos que amenazaban con su destrucción fue la vara con la que el roquismo midió el espectro político. Esta vara no sólo dividía marcadamente al gobierno y a la oposición, sino que el roquismo también la utilizó dentro de su propio partido. Los casos más claros fueron los que tuvieron lugar en 1889 con Miguel Juárez Celman, y 1903 con Carlos Pellegrini.

A pesar de que al poco tiempo de llegar a la presidencia Miguel Juárez Celman procedió a destruir la maquinaria electoral de su predecesor, tanto Roca como la *LTN* aguantaron los golpes embestidos por el nuevo presidente con estoico silencio. Aunque en su correspondencia privada Roca expresaba su malestar y furia hacia su concuñado, *LTN* seguía en sus columnas apoyando al presidente.<sup>148</sup> Por ejemplo, cuando en su discurso inaugural al Congreso en 1888 Juárez Celman torpemente celebraba el fin de los partidos políticos y de la política en la Argentina, *LTN* se ocupaba de defender al presidente de los embates de la prensa opositora.<sup>149</sup> El periódico también había aguantado con solemne silencio las caídas de las provincias roquistas de Tucumán y Córdoba, las proclamaciones de Juárez Celman como jefe único del partido y el rebautizo del Partido Autonomista Nacional por Partido Autonomista.<sup>150</sup> Sin embargo, *LTN* va a unirse abiertamente a la oposición contra Juárez Celman a partir de enero de 1889, cuando el presidente hace caer indecorosamente al gobernador de Mendoza, en momentos en que también ya se sentían los síntomas de la crisis financiera. “El menor trastorno social produce inmediatamente la alarma y despierta el temor de un retroceso fatal a aquellos períodos de anarquía”, proclamaba *LTN*, “y esos movimientos desordenados y tumultuosos... son tanto más injustificados cuando se producen en el seno mismo del partido dominante”.<sup>151</sup> Que la oposición promoviera desórdenes era justificable ya que, según el roquismo, correspondía a su naturaleza anacrónica. Pero que la amenaza del progreso viniese del mismo gobierno era, para Roca, imperdonable. Si bien en el pasado la adhesión al orden había hecho que el diario apoyara al gobierno juarista, explicaba *LTN*, ese apoyo no podía continuar: “¿Quién no ve que erigiendo en sistema las sediciones para cambiar los gobiernos locales, se introduce una amenaza de perturbación general?”<sup>152</sup> Que el desorden y la amenaza al pro-

<sup>148</sup> Duncan, “Government by Audacity”, pp. 127-137.

<sup>149</sup> “El mensaje y la política”, *LTN*, 11 de mayo de 1888; “Deberes políticos”, *LTN*, 15 de noviembre de 1888.

<sup>150</sup> Estas rivalidades se encuentran detalladas en Duncan, “Government by Audacity”, pp. 127-144.

<sup>151</sup> “La cuestión política”, *LTN*, 23 de enero de 1889.

<sup>152</sup> “El flajelo político”, *LTN*, 26 de enero de 1889.

greso proviniera del seno mismo del gobierno nacional, no era algo que el roquismo estuviese dispuesto a tolerar.<sup>153</sup>

Tampoco el roquismo, quince años después, estuvo dispuesto a cambiar los rumbos fijados en el primer quinquenio de 1880. El comienzo de un nuevo siglo no implicaba para él un nuevo cambio en la política argentina, en el sentido de abandonar la vieja política transaccional. No corresponde aquí analizar las distintas vicisitudes de la relación poco íntima entre Roca y Pellegrini, ni la sucesión de grietas que se abrieron entre ambos políticos a lo largo de su convivencia dentro de una misma coalición. Sólo interesa apuntar brevemente que, bajo la manifestación final de la ruptura que tiene lugar luego de la convención de notables de octubre 1903 entre los dos líderes, subyacen distintas concepciones de política y de orden. El roquismo insistía en una fórmula política que le había dado por más de dos décadas buenos resultados, apuntando que la nueva convención no era otra cosa que la repetición de los viejos acuerdos utilizados tantas veces para garantizar la paz y el orden.<sup>154</sup> Pellegrini, sin embargo, desde hacía unos años visionaba una fórmula distinta, donde dos partidos políticos conservadores liderarían la transición gradual hacia una política de alternancia.<sup>155</sup>

Aun en esta forma breve y esquemática pueden, por lo tanto, apreciarse algunos de los efectos de la relación entre el discurso forjado por el roquismo y la política argentina. La construcción de una ideología del progreso en la década del ochenta en la prensa roquista delineaba una línea inquebrantable entre los amigos y enemigos del progreso que se aplicó firmemente, tanto hacia las filas de la oposición como dentro del propio partido, a lo largo de las dos décadas siguientes.

<sup>153</sup> "El orden público", *LTN*, 13 de enero de 1889.

<sup>154</sup> "La gran convención", *Tribuna*, 27 de junio de 1903.

<sup>155</sup> Alonso, "The Origins...", pp. 300-318.